



**La cultura
es de todos**

Mincultura

DÉJENNOS TRANQUILAS

Sofía Ospina de Navarro

Prólogo
Paloma Pérez Sastre

Ministerio de Cultura
2021



Déjennos tranquilas

© 2021, del texto: Sofía Ospina de Navarro
© 2021, de la presente edición: Ministerio de Cultura
Calle 9 n.º 8-31, Bogotá, D. C., Colombia
www.mincultura.gov.co

Coordinación editorial: Pilar Quintana

Edición y compilación: Natalia Mejía E.

Transcripción: David Espinosa

Corrección: Gustavo Patiño Díaz

Comité asesor: Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero, Alejandra Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de Pombo Espeche, Ángela Inés Robledo, Camila Charry Noriega, Diana Patricia Restrepo Torres, Felipe González, Gloria Susana Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez, Luz Mary Giraldo, Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal, Paloma Pérez Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

Diseño de la colección y diagramación: Tragaluz editores S. A. S.

Producción: Laguna Libros

Foto de portada: *Sofía Ospina de Navarro*. Gabriel Carvajal Pérez, 1962.

Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto de Medellín

Impresión: Diverarte S. A. S.

Primera edición: Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

ISBN 978-958-753-425-2

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in Colombia*

Los ingresos obtenidos por los derechos de la obra de Sofía Ospina de Navarro son donados por su familia a obras de caridad y beneficencia, en concordancia con la filosofía de vida de la autora.

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón

Ministra de Cultura

José Ignacio Argote López

Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio

Adriana Patricia Padilla Leal

Viceministra de Creatividad y Economía Naranja

Claudia Jineth Álvarez

Secretaria general

Ángela Marcela Beltrán Pinzón

Directora de Artes (e)

Diana Patricia Restrepo Torres

Directora Biblioteca Nacional

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora Grupo de Literatura

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,
Daniela Mercado, Felipe Martínez,
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita
Integrantes Grupo de Literatura

CONTENIDO

| | |
|--------------------------|----|
| Presentación | 11 |
| Prólogo. | 13 |
| De esta edición. | 21 |

Déjennos tranquilas

| | |
|--------------------------------------|----|
| La línea | 27 |
| Inútil esclavitud. | 31 |
| Sepamos vivir. | 33 |
| Alegre optimismo. | 37 |
| Tranquilidad | 39 |
| La simpatía | 41 |
| Al aire libre | 43 |
| Más oficio para las madres | 47 |
| Lo que cuestan los honores. | 49 |
| María Ospina, mi tía | 53 |
| Mi política | 57 |
| Superabundancia | 59 |
| La mujer en cuaresma | 63 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| La consigna se olvidó | 65 |
| Los derechos | 67 |
| Lo malo no es el uso | 69 |
| Rutas femeninas | 71 |
| El «sexo débil» | 75 |
| Las matronas | 77 |
| Déjennos tranquilas. | 81 |
| Ellas comentan | 85 |
| Las escritoras nerviosas. | 87 |
| La lengua | 91 |
| La prensa | 93 |
| Peligros de tertulia | 97 |
| Comentarios | 99 |
| El noviazgo y el matrimonio | 103 |
| Las visitas. | 107 |
| Los vecinos de ayer | 109 |
| No estiremos la vida | 113 |
| Retorno. | 115 |

PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, libreras y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas

en la colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN

Ministra de Cultura

PRÓLOGO



SEÑORA MÍA

Doña Sofía:

Es la segunda vez que usted y yo nos encontramos. La primera fue en el prólogo de su libro *Cuentos y crónicas*, en 2007. En esa ocasión dirigí mi atención a su faceta culinaria, la más conocida. Mejor dicho, me senté a comer con usted en el comedor, a degustar el resultado de la cocción: cuentos en los que usted, a manera de tortilla, usa la parodia para poner los roles patas arriba: el marido borracho que pierde la fortuna y, por tanto, su papel de proveedor; la mujer que no es buena para el oficio de la casa, y la reina del hogar esclavizada por sus súbditos.

Tacto, vista, gusto y olfato, ¡cuántos sentidos se activan en la cocina! Yo creía que conocía su pensamiento, pero no, señora, me faltaba el oído; no el del regocijo del aceite en la fritura, ni el del crocante aprisionado por los dientes, ni el de los borboteos de los potajes en el fuego. Me refiero a su palabra en primera persona. Sabía de la dicha de leerla, de su ingenio y su humor; de su afán por educar a las mujeres y ganar derechos, pero me faltaba sentarme a conversar con usted. Oyéndola, la puedo imaginar e intentar captar el secreto que entrega cuando habla de sí misma.

Como buena amante de la vida lenta, usted prefería la cama para escribir, por la mañana y en papelitos. En un papelito amarillo y casi deshecho, leo de su puño y letra:

En mis tiempos no se dictaba en los planteles de educación la legítima clase de literatura. Había un simulacro, en la que llamábamos de «estilo», que, por cierto, era muy de nuestro gusto. En ella no se nos hablaba de escritores notables, ni se nos exigía hacer análisis sobre la obra de nadie. La maestra —y la mía fue una buena escritora— se limitaba a darnos un tema, para desarrollarlo. Las nociones literarias tuvimos que irlas pescando, poco a poco, a través de la vida¹.

Suerte la suya dar con una maestra tan próxima a la libertad de su espíritu, porque la salvó de la preceptiva y del tedio de la literatura obligada, y la puso en la corriente de una escritura fluida y natural; en el hilo de una conversación cercana y frecuente con sus lectoras, afín a su aspiración a la «comunidad de las almas». La ausencia de la materia de literatura en el aula conducía a las alumnas directamente a la imaginación y la expresión: hacia la escritura antes que a la lectura. Esto es, a la revelación vital, personal y siempre presente de la palabra poética. Experiencia que, en su caso, la apartó de la autoridad y la llevó a crear su propio camino escritural alternativo; un carril en el que nadó sola, ajena a los temas de los escritores y sin competir contra ellos; desde su visión de mujer, con su propio lenguaje y para las mujeres de su clase. Ubicada en el margen, usted miraba el mundo, y desde ahí lo glosaba con acierto.

.....
¹ Manuscrito, inédito.

Para nuestro segundo encuentro en este libro, la busqué en sus *Crónicas*. Aunque usted insista en calificar su escritura de costumbrista y anticuada, eligió para expresarse una forma moderna: la crónica, un género dichoso y ambiguo entre narración corta y ensayo, que le venía muy bien a su escritura alada, y que Tomás Carrasquilla, su vecino y contertulio, bien definió así en 1922:

Prescriben los maestros en el arte que el tal escrito ha de ser corto a la par que animado y decididor, prescriben que no ahonde en el asunto; que no se meta demasiado en gravedades ideológicas; que al concepto e idea no se le dé solemnidad; que la forma sea elegante sin floreros y llano sin ramplonerías; que todo esté a los alcances del iletrado y al gusto del entendido. Pretenden, en suma, que ello resulte algo así como un juguete sin mecánica compleja, cual joya que no sea abalorio ni pedrería. Total: una gentileza entre veras y chanzas. (s. p.)

Cuando esto decía el maestro en los años veinte, usted empezaba a enviar cuentos a concursos y a participar en los círculos intelectuales de esta Villa de la Candelaria que, adoradora del lucro, y con afán novelero, se transformaba en ciudad. Concordaban usted y el maestro en un credo estético que defendía «ideas amplias y avanzadas en conceptos sinceros, estéticos y personales». Con agudeza, ambos parodiaron los vicios del arribismo y a la vez celebraron el ascenso social basado en las virtudes personales y el talento. Ventilando las minucias domésticas, demostraron que lo privado podía ser materia literaria.

He vuelto a leer el acta del jurado del Concurso Femenino de Literatura de 1921, cuando usted ganó el segundo premio con el relato «Ilusiones»:

[...] flaquea al final, y pone sobre el carácter de la heroína complicaciones de pensamiento, refinada sutileza mental que no se complace con el alma primitiva de una muchacha de campo [...]. Respetuosamente, aconsejamos a su noble autora, premiada ya en otras lides artísticas, que deje correr libremente su pluma sobre la observación real de la vida, para la cual posee condiciones admirables y vista sutil. (Quevedo de Cock, 1921, p. 269)

Como quien dice: deje a un lado la imaginación, no se desvíe de la cruda realidad, límitese a observar. ¡Qué le han dicho, doña Sofía!, su cuento resultó todo un desafío al canon. Negar la subjetividad desvaloriza a la narradora y al personaje y, además, es injusto, porque en las sencillas palabras de la narradora lo que usted expresa es la necesidad del cultivo de la compasión y la solidaridad; causa que nunca abandonó. Como era de esperar, su sentido de la libertad y de la justicia respondió con insumisión y en primera persona. No es raro que haya dejado la narración y se haya acogido a la hospitalidad de la crónica —nota ligera, como usted la llamó— en medios democráticos: revistas y periódicos.

El freno a la subjetividad está relacionado con las restricciones y los lineamientos pedagógicos que imponían los manuales de urbanidad, tan característicos del siglo XIX, que reglaron el comportamiento idealizado de la población y que hacían parte también de una evidente imitación o, mejor, parodia, de la cultura cortesana europea. Dichos manuales fueron resultado del afán civilizatorio de un gobierno que, para poder conformar una nación moderna, pretendía homogeneizar la buena conducta de sus ciudadanos y domesticar los cuerpos y las mentes, con severidad discriminatoria para las mujeres.

Su padre, Tulio Ospina Vásquez², fue autor de uno de esos manuales, *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono* (1921). Supongo que de él heredó el sentido práctico de los ingenieros, así como su visión de futuro. Pero ese mismo sentido práctico, su rechazo al sacrificio, a las imposiciones y a la injusticia fueron, tal vez, los motivos que la llevaron a atemperar y reducir al mínimo las estrictas normas patriarcales cuando escribió *Don de gentes*, su manual de urbanidad:

Como no soy profesora graduada, nunca me he metido a analizar serios problemas de educación. A duras penas, mi larga experiencia personal en el árido terreno de las relaciones humanas me movió a escribir un sencillo manual de *Don de gentes*, por creerlo útil para preparar un poco a la disimulada juventud de hoy en el difícil arte de sortear con éxito el encuentro con el prójimo, que cada día tiene más flaquezas³.

Hablamos de las necesarias y delicadas normas sociales. No es fácil ponerse en el lugar de quien determina qué actuación se adecúa a la buena educación, sin vulnerar los límites del respeto por las libertades personales y con justicia. En *Don de gentes*, usted apeló al tono cordial y persuasivo para dirigirse a sus lectores. Con sus hijos usó la didáctica de la tomadura de pelo. Y acudió al verso como técnica infalible

.....

² Tulio Ospina Vásquez (1857-1921). Ingeniero de la Universidad de Berkeley. Fue historiador, rector de la Universidad de Antioquia y fundador de la Escuela Nacional de Minas. Hijo de Mariano Ospina Rodríguez, fundador del Partido Conservador Colombiano y presidente de la República (1857-1861); hermano de Pedro Nel Ospina, presidente (1922-1926), y padre de Mariano Ospina Pérez, presidente (1946-1950).

³ La crónica «Más oficio para las madres» también apareció publicada en *Crónicas*, de 1983, y está incluida en esta edición.

con la que la familia entera memorizó el hermoso manual de manejo de los botes y aparejos de pesca en su finca de la ciénaga de Ayapel⁴.

Leyendo el perfil de su tía María Ospina⁵, imagino que su afinidad con ella debió de significar un alivio al rigor paterno. En María vio una mujer excepcional: autónoma, fuerte y decidida, que amplió los espacios de acción de las mujeres y le mostró una manera más amable, suelta y natural de asumir la vida. Así, por ejemplo, en materia religiosa, ella alivió su inquietud por la carencia de fervor. Y con razón: su fervor estaba en el arte y el cuidado, su moral no dependía de la fe católica; usted era una mujer virtuosa, ajena a demostraciones públicas de religiosidad. Quien se emparenta con la belleza sabe que Dios no está en una hostia, que la inmortalidad está en el corazón del amigo y que al corazón del amigo se llega con palabras. A su tía le atribuye el origen de su «feminismo de buena ley». Un feminismo que no se rebelaba contra el matrimonio e invocaba a los sentidos para cohesionar la familia, y que, a la vez que defendía la familia, deseaba para las mujeres del futuro maridos camaradas, no amos.

Para hacer de las márgenes el lugar de la escritura se necesita salir de los límites, abrir puertas y, a veces, romper alambrados. Usted dice que era incapaz de quedarse en la casa ordenando cajones y viendo pasar el gato y que lo que más le gustaba del hogar era la puerta de la calle. Se entiende, entonces, que su rebeldía celebrara que a la mujer moderna no le interesaran ya sino dos llaves, la de la casa y la del automóvil. Abrir el libro es abrir puertas, también lo es estudiar, ser propietaria y participar en política: votar y ser elegida en cargos

.....
⁴ Léase «Al aire libre», de esta edición.

⁵ Léase «María Ospina, mi tía», de esta edición.

públicos. Creo que, en últimas, y no sin temores y vacilaciones, usted entendió el imperativo de la época y les dijo a las mujeres: «¡Salgan del hogar, salgan! ¡Tengan cuidado, pero salgan!».

Al final de cada escrito, agregaba una receta de cocina; y decía que las crónicas complementaban las recetas. Pienso en el temor fundado a asumir su condición de escritora en su juventud. Creo que usted abandonó los seudónimos, pero los reemplazó por el delantal como táctica para amortiguar la censura y el desprecio machistas. Leer hoy sus notas y conocer su pensamiento significa invertir ese orden y reconocerla como una autora que, con alegría y sentido común, abrió puertas en una región empeñada en la negación de la vida.

¡Cómo nos hace de falta hoy su palabra conciliadora y generosa, doña Sofía!

Besa sus pies,

PALOMA PÉREZ SASTRE*

REFERENCIAS

CARRASQUILLA, T. (1922, noviembre). Discos cortos. *El Bateo*.

QUEVEDO DE COCK, L., RESTREPO J., G. & MEJÍA, F. Concurso Femenino de Literatura. (1921, 15 de octubre). *Sábado* (24), 269.

.....

* Paloma Pérez Sastre es autora de los libros *Oficios afines* (2016), *Como la sombra o la música* (2007) y *Antología de escritoras antioqueñas, 1919-1950* (2000). Estuvo a cargo del prólogo y el cuidado de *Cuentos y crónicas*, de Sofía Ospina de Navarro (Hombre Nuevo Editores, Colección Madremonte, 2007) y de la edición comentada y el prólogo de *Impresiones de viaje*, de Isabel Carrasquilla (Fondo Editorial Eafit, Colección Bicentenario, 2011).

DE ESTA EDICIÓN



Déjennos tranquilas es una selección de textos de Sofía Ospina de Navarro compilada para la Biblioteca de Escritoras Colombianas, por Natalia Mejía E., con la colaboración de Paloma Pérez Sastre y David Espinosa, a partir del libro *Crónicas*, publicado por Susaeta Ediciones en 1983. Solo uno de los escritos, «Sepamos vivir», no apareció en ese libro, sino en *Cuentos y crónicas*, de 1926. El título *Déjennos tranquilas*, tomado de una de las columnas, transmite algo del arrojo característico de la escritura de esta autora.

En una entrevista publicada por *Raza*, revista de Medellín, en mayo de 1947, la autora dijo: «Escribo donde me coge la gana» (Pérez Sastre, 2000, p. 261) y de ella dijo Mary G. Berg (2012): «durante cinco décadas de ensayos editoriales frecuentes en periódicos importantes como *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Colombiano*, compartió casi todos los días sus puntos de vista y sentido común con miles de lectores diarios» (p. 27).

A comienzos del siglo XX, durante la época dorada de la crónica en Colombia (Vallejo Mejía, 1997), sus crónicas, columnas y comentarios aparecieron también en otras revistas: *Sábado*, *Vida*, *Letras Universitarias*, *Gloria* y *Progreso*. En algunas ocasiones publicó con seudónimos como Gloria Rey, Pepa Luna y Alguien.

Fue una de las cuatro fundadoras de *Letras y Encajes, Revista femenina al servicio de la cultura*, que circuló mensualmente desde 1926 hasta 1959 y llegó a ser la más importante del país en su género.

Conocida, además, como cuentista, dramaturga, poeta, periodista, asesora de etiqueta, organizadora de empresas de caridad y autora de manuales de cocina, Sofía Ospina de Navarro se movió «siempre entre el humor, la nostalgia del pasado, la ironía recia y la puntillosa observación de las costumbres y sus cambios» (Jiménez, 2010, párr. 6).

Así como «se ve a la observadora atenta del diario discurrir de las cosas del pasado y del presente de una ciudad y de un pueblo que va pasando de la vida pueblerina y cuasi monacal a la acelerada y conflictiva de los tiempos modernos» (Escobar Mesa, 1997, s. p.), también se evidencia a la vocera empoderada de su opinión, pues «en casi todas sus crónicas utiliza la sátira para ridiculizar todo lo artificial y falso y, en general, todo lo que no le gusta, para pronunciar un credo estético que desacraliza y vacía de toda trascendencia cualquier tema o situación» (Pérez Sastre, 2000, p. 41).

En esta edición rescatamos tres ejes temáticos de sus notas y columnas. El primero, su filosofía de vida. El segundo, su posición frente a temas femeninos como la participación en asuntos públicos y el voto, aprobado para las mujeres en Colombia el 25 de agosto de 1954. Y el tercero, su añoranza y retrato bucólico de costumbres pasadas.

Ajustamos la ortografía a los estándares de hoy y agregamos en notas al pie las explicaciones de algunos términos poco usados. En este último caso, nuestra referencia fue el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2014).

REFERENCIAS

- BERG, M. G. (2012). El teatro de Sofia Ospina de Navarro. *Lingüística y literatura*, (61), 27-36. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/lyl/article/view/13296/0>
- ESCOBAR MESA, A. (1997). Las escritoras de «La Tertulia» de Medellín. En *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Universidad Central. http://docencia.udea.edu.co/comunicaciones/literaturacolombiana/pdf_files/tema9.pdf
- JIMÉNEZ, C. (2010). Doña Sofia Ospina de Navarro: ni pobre ni viejecita. *Universo Centro*, 14. <https://www.universocentro.com/NUMERO14/SofiaOspina.aspx>
- PÉREZ SASTRE, P. (2000). *Antología de escritoras antioqueñas 1919-1951*. Dirección de Cultura de Antioquia.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA & ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Recuperado el 12 de agosto de 2021, de <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.4 actualizada en 2020).
- VALLEJO MEJÍA, M. (1997) *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*. Presidencia de la República. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll9/id/14/>

DÉJENNOS
TRANQUILAS

LA LÍNEA

El mundo femenino está de plácemes con la llegada al comercio de un famoso producto adelgazador que dizque obra verdaderos prodigios. Es un polvo con sabroso sabor a vainilla y otras esencias —propias para atraer a las señoras golosas— que, disuelto en agua y tomado tres veces al día, aparta de la mente de los gordos la imagen de un pollo frito, una esponjosa tortilla, un bistec con tocineta, una crema de ostras o cualquier otra tentación de las que los hacen caer tan frecuentemente. Nutriéndolos, además, con sus vitaminas y dejándolos perfectamente satisfechos.

Todo esto puede ser muy cierto. Pero también debe serlo que la tal «colada» lleve consigo la melancolía al espíritu de quien la toma. Ella ha sido la compañera inseparable de todo régimen alimenticio, porque el hecho de acercarse a la mesa para no comer, o comer con desagrado, es para cualquiera un motivo de sufrimiento moral.

Hace muchos años se puso también de moda una dieta milagrosa a la cual me referí en el siguiente comentario que vuelve a ser de actualidad:

«La palabra *línea* sugiere rectitud, impone sacrificio y es respetable: línea de conducta, línea de combate, línea de fuego. Pero llega a su significado máximo cuando se dice “línea femenina”».

En honor de la línea corporal, muchas mujeres no solamente sacrifican todo deleite gastronómico, sino que llegan hasta el heroísmo.

Cuando la aguja de la balanza pasa del límite exigido por las reglas de la estética, la señora que se pesa exhala un triste suspiro y oculta muy bien en la secreta de su billetera el desdoloroso comprobante. Tomando la resolución de empezar en propia hora el tratamiento cumbre conocido como «régimen de la manzana». Esta dieta, efectiva sin duda, es un programa de hambre más o menos así:

Desayuno: una taza de café tinto sin azúcar y una manzana. Almuerzo: cuatro hojas de lechuga, un huevo cocido y una manzana. (Les faltó el canario...). Comida: una taza de caldo desgrasado, una tostada de pan, legumbres cocidas y una manzana.

Todo marcha a las mil maravillas. La señora se siente más ágil, se deleita ante el espejo observando los sorprendentes resultados y tiene que buscar costurera para que les varíe las medidas a los trajes... pero el régimen sigue y en la tercera semana sufre algunas variaciones de consideración:

Desayuno: jugo de naranja, una tajada de queso, riña con el marido... y una manzana. Almuerzo: jamón magro, «echada» del servicio... medio tomate y una manzana. Comida: un vaso de leche descremada, un huevo escalfado, zanahoria cruda, pataleta... llanto, y una manzana.

Si el carácter no sufriera menoscabo con el régimen, todas las mujeres jóvenes y viejas haríamos algo por contribuir a la belleza de la raza, luciendo por las calles siluetas impecables. Pero ocurre que a muchas el hambre nos reduce el espíritu a la más mínima expresión: se nos olvida charlar y sonreír, las ideas abandonan su morada, los presentimientos

siniestros nos asedian y el sueño se niega a visitarnos sin la compañía de las drogas sedantes.

No hay más remedio, pues, que aceptar con resignación esa carga (que por fortuna pesa más al público que a quien la lleva a costas) con la seguridad de que ella, por desgracia, será eterna. Pues, para colmo de males, Dios Nuestro Señor nos quitó toda esperanza de mejorar siquiera en la otra vida al notificarnos —por boca de sus profetas— que el día del gran juicio resucitaremos con los mismos cuerpos que tuvimos en la Tierra... ¡Qué lástima! Ni aun en el cielo podremos usar suéter y prescindir de la estorbosa fajita.

INÚTIL ESCLAVITUD

La personalidad de una señora de casa se refleja siempre en su propio hogar, fiel retrato que da a conocer íntimamente a quienes lo frecuentan. La mujer franca, amplia y amiga de los pobres, decora su casa con sencillez y no se convierte en esclava de un lujo postizo, el cual tal vez es incómodo para la familia. Hay objetos de adorno que exigen custodia perenne, y agregan una obligación más a su dueña. Hay la que llega hasta el punto de someterse a despojarlos diariamente del polvo, porque teme confiarlos a las manos bruscas de una criada que ignora su valor.

Para vivir más agradablemente tenemos que prescindir de esa ostentación, que impone deberes innecesarios, y convencernos de que nuestra residencia debe proporcionarnos, ante todo, comodidad. A mí no me parece una muestra de desorden el ver en la alcoba, de una persona aficionada a leer y a escribir, revistas, libros y papeles sobre la mesa, que comúnmente adornan los floreros, retratos y porcelanas. Ni que el enfermo tenga a la vista las drogas, y la abuela, los dulces o confites para los nietos que llegan.

También sería bueno que las señoras se acostumbraran al ruido de lozas y cristales —que con frecuencia caen al suelo en la cocina— sin demostrar susto, ni correr a indagar lo ocurrido. Y que nunca se atrevieran a restar el valor de tales daños al sueldo de la pobre doméstica.

Hay que saber vivir con tranquila sencillez. Tener siempre en la cocina la comida suficiente para poder ofrecer un puesto en nuestra mesa a quien llega a visitarnos. No desvelarnos esperando la llegada del ladrón que pudiere ir en busca de lo que nos sobra, ni apegarnos al estorboso manojito de llaves que quizá sea una contraproducente medida por demostrar desconfianza a las personas del servicio.

Ojalá que estos consejos, dictados por la experiencia, no se tomen como manifestaciones de una señora desordenada, sino de una enemiga de lo falso y amiga de la buena vida.

SEPAMOS VIVIR

¡La mujer es la reina del hogar!... ¿Quién no ha oído esto? Negarlo sería una extravagancia, como a tal se le ha cantado siempre. Y por cierto que no deja de ser un raro reinado aquel en que la soberana tiene la obligación de escoger el menú, zurcir los calcetines y atender oportunamente todos los gustos y caprichos de su corte de honor. Algunas de estas reinas, no contentas todavía con el peso natural de su cetro, quieren hacerlo abrumador y gastan sus mejores energías persiguiendo el, para ellas, tan honroso título de mujeres ordenadas y exquisitas, sacrificando de paso a maridos, hijos y criados, y haciendo inaguantable la vida del hogar.

No es que sea digno de alabanza el sistema de aquella señora a quien le parece innecesario hacer la cama todas las mañanas para desbaratarla de nuevo por la noche. Nada hay más atractivo y más higiénico que el orden razonable y verdadero. Pero es que algunas casas, a fuerza de ser ordenadas, se convierten en exposiciones más o menos artísticas donde es casi imposible pasar un rato agradable.

Allí no se encuentra nunca ese calorcillo de vida que nos hace sentir en el salón de confianza el delicioso desorden de la costura empezada, los periódicos del día a medio doblar, el juguete del hijo, el libro predilecto... No; todo aquello está oculto en armarios y cajones, sobre el escritorio no

hay papeles ni cartas, y las sillas colocadas unas frente a otras parecen esperar visitantes muy serios y formales que se sienten con mucho cuidado para no desfigurar los cojines que, inflados como balones, no dejan ver ni la más leve huella de un codo o de una mano.

Si alguna de las flores del jarrón comete la imprudencia de deshojarse sobre la mesa, la señora se levanta apresuradamente para recoger aquellos pétalos que pueden desacreditarla. Al mirar los adornos de las mesas, tan limpios y brillantes, colocados con mucha simetría, creemos encontrarnos en medio de una tienda de regalos muy bien administrada.

El desdichado jefe del hogar es una verdadera visita de etiqueta en su propia casa, poquísimas veces puede darse el gusto de conversar con su mujer sobre los sucesos del día porque ella está siempre entretenida en las vueltas y revueltas de su complicado ministerio, y si acaso se resuelve a encender un cigarrillo, lo hace temeroso de que alguna partícula de ceniza vuele a empañar el adorno vecino.

Los niños contemplan asustados la bella exposición de su mamá, sintiendo un deseo loco de correr por la alfombra en sus caballitos de madera, derribando a su paso unas cuantas mesitas atravesadas y desalojando esos muñecos de bronce y terracota que ocupan injustamente el lugar que les corresponde. Ellos viven casi siempre reducidos a patios y corredores porque la ordenada mamá cierra el museo antes de salir y sepulta la llave entre una frondosa mata.

Las ventanas permanecen cerradas, por ellas no entran casi nunca la luz y el aire que podrían llegar en la mala compañía del polvo de la calle. La cocina brilla... por la ausencia de comestibles; en la casa ordenada se prefieren los deficientes platos del hotel para que la cocina no se engrase

ni se deteriore, y por eso las visitas que pasean por la casa pueden admirar en los aparadores la batería nueva, colocada de mayor a menor como un ejército inútil en traje de gran parada.

La servidumbre se renueva con cada sol, ya nadie quiere someterse a vivir con la escoba entre las manos, siguiendo los mandatos del ama intolerante que quiere convencer a todo el mundo de que los pisos fueron hechos para comer en ellos.

De seguro que muchas de estas damas ordenadas, al entrar en casa de su modista, encuentran muy razonable el amontonamiento de recortes de tela y papel, por ser aquel un lugar donde se confeccionan trajes; y no piensan que en el hogar donde se forman, o deben formarse individuos sanos o inteligentes, es más que natural que estén a la vista muchos objetos, que si no muy bonitos, son necesarios para la vida cómoda y tranquila de esos mismos individuos. A nadie le sorprenderá ver un sombrero en la casa donde viven seis o siete personas que tienen cabeza, ni una bata de toalla colgada en el cuarto del niño que tiene la buena costumbre de bañarse todas las mañanas. Disuena mucho más un hermoso florero en la mesa del niño de colegio, que el álbum de estampillas o de «pegados» con sus frascos de goma y sus desordenados papeles correspondientes.

Es un contrasentido convertir las alcobas de nuestras casas en incómodos salones de recibo, en lugar de amoblarlas con sencillez, que en nada se opone a la elegancia, para que nuestros hijos vivan contentos y encuentren fácilmente los objetos precisos para su uso diario.

¡Y a estas señoras las llaman exquisitas! ¡Pobres mujeres! No tienen nunca tiempo para nada; no leen, no cosen, no tocan el piano, desconocen el placer de hacer obras de caridad.

Pasan la vida entera cuidando una hermosa jaula donde todos los pájaros se aburren revoloteando inútilmente como mariposas... ¡Pero no! No hagamos tal comparación... van a ofenderse porque las mariposas tienen polvo en las alas, y las señoras ordenadas no soportan el polvo aunque este sea dorado.

ALEGRE OPTIMISMO

Para transitar por el accidentado camino de la vida sin sufrir la molestia de los brincos y el traqueteo del vehículo espiritual en que viajamos, es indispensable acondicionarlo con el amortiguador de la alegría.

Pero hay que tener en cuenta que la alegría no puede ser aquella emoción momentánea que con frecuencia experimentamos, sino el estado de ánimo festivo que perdura aun en las circunstancias difíciles. Y que no se consigue sino haciendo uso de esa sabia filosofía que nos hace comprender lo inútil que es luchar contra lo inevitable, y los esfuerzos económicos que se nos evitan si logramos adaptarnos a nuestras posibilidades económicas y presentarnos tal como somos ante las gentes que nos rodean.

Una sonriente amiga mía, que sabe mirar las cosas con el lente mágico del optimismo, me aseguraba alguna vez que no había nada tan fácil como vivir sabroso. Que para ella todo era llevadero porque seguía tres reglas decisivas que eran la de pensar a su manera, ser sencilla y practicar el disimulo.

«Yo no tengo instalada una balanza en el cuarto de baño —me decía— porque no quiero que la dieta alimenticia me haga perder el buen humor, y, por lo mismo, no le hago consulta al espejo. Me gustan todos los platos que me sirven y, como no tengo «ascos», jamás busco en ellos, como

hacen tantos, la hebra de pelo de la cocinera. Cuando voy de viaje no se me ocurre llevar la almohada propia en la maleta. Me visto a mi gusto sin hojear figurines de moda, y no permito que me prueben los trajes. No sufro enfermedades imaginarias, no le temo a la muerte y le saco el cuerpo a la peluquería».

Por añadidura, esta señora, que parece haber hallado la clave de la tranquilidad, se levanta tarde, después de tomar una buena taza de chocolate, que complementa con la lectura de la prensa, y dice que apenas así puede tener fuerzas suficientes para soportar en el día las debilidades y flaquezas del prójimo.

Y se ve que su alegría es de la legítima, cuando no se altera con el desayuno periodístico. Porque este mundo anda ahora tan mal que después de tener esos periódicos que esperamos con ansia, y en los cuales apenas logramos recrear el espíritu en unos pocos trozos literarios, pues sus páginas —fuera de las de eventos deportivos que ya no cuadran con nuestro almanaque— están plagadas de hechos de sangre, accidentes aéreos, conflictos bélicos, insultos políticos y algo más; las doblamos con tristeza.

Y algunos días, cuando al doblarlas vemos de nuevo los avisos de defunción con cruz y orla negra, acabamos por pensar: «Tal vez los mejor librados de hoy han sido los que ya “descansaron en la paz del Señor”, aunque el letrerito no dé siempre garantías, ya que el linotipista se lo chanta a cualquier muerto sin detenerse a hacerle “análisis de vida”».

TRANQUILIDAD

Este pasivo estado de ánimo que se llama tranquilidad y que encierra en sí lo más apetecible de la vida se adquiere, indudablemente, con un decidido esfuerzo personal. Y cuando se tiene la fortuna de llegar a poseerlo plenamente, puede olvidarse la existencia de aquel otro que conocemos con el nombre de felicidad, tan difícil de alcanzar y de tan pasajera duración. La tranquilidad puede buscarse por variados medios o caminos, pero quizá sea el más eficiente de todos el desprendimiento personal. Sin que esto quiera decir que para vivir tranquilamente es necesario mirar con indiferencia las satisfacciones o goces naturales de la vida, ni renunciar a la ambición de mejorar por medio de un trabajo controlado. Por la lucha fatigosa por adquirir dinero en demasía, el ansia de honores y gloria y el afán por figurar en altos puestos traen consigo la desilusión y la zozobra, que son francos enemigos de la paz interior.

Así como lo es el pábulo⁶ que se da al resentimiento por las ofensas recibidas, o la antipatía, gratuita muchas veces, que se siente por algunas personas con quienes tenemos que tratar obligadamente.

.....

⁶ Alimento que se toma para subsistir.

Y, descendiendo a un plano inferior, es también factor de intranquilidad el extenuante interés por vivir al orden del día, aun en los asuntos más insignificantes.

No puede vivir tranquila la señora que se siente obligada a abandonar su lecho muy temprano, para evitar que se retrase el arreglo de su alcoba. Ni la que ocupa gran parte de su tiempo en el salón de belleza o la casa de modas, para presentarse con los últimos modelos. Como tampoco la que ha de andar de templo en templo, haciendo novenarios a la imagen del santo que en cada uno se venera con especialidad. Y menos la que se preocupa tan exageradamente de su salud, que recorre consultorios, buscando el médico sabio y acertado que la cure de sus males imaginarios.

Y quienes buscan la tranquilidad deben tener en cuenta que en ella entran a colaborar también cosas tan simples como la manera de vestir y de calzar.

La forma y el número de los zapatos influyen en el ánimo de manera manifiesta. Y para comprenderlo basta con recordar lo que ellos representan, por ejemplo, en un viaje de turismo al exterior. O el detalle que todos conocemos de las muchachas que, aun en el teatro, resuelven dar libertad momentánea a sus delicados piecitos, que ya no soportan la presión.

Unos zapatos estrechos martirizan. Y si no que lo diga el campesino aquel que estrenó unos para venir a Medellín a gozar de la Semana Santa; y el jueves por la tarde —ya desesperado— se sentó a despojarse de ellos en la puerta del templo y, tirándolos a un lado, exclamó: «¡Ah, blancos pa calientes!».

LA SIMPATÍA

Una de las características más atrayentes que podemos hallar entre la gente que tratamos a través de la vida es, sin lugar a duda, la simpatía. No tan bien cotizada en el alto mercado como la inteligencia, pero mucho más eficaz en las relaciones humanas.

La persona simpática —aunque esté convencida de sus méritos— desciende sonriente por los peldaños de su escalera espiritual, para llegar hasta la planta baja, donde quizá la estén esperando con ansia los que necesitan su ayuda y su amistad. La simpatía no podría llevarnos hasta el punto de deslumbrar a los demás, pero sí puede proporcionarnos la satisfacción de lograr que nuestra compañía les sea grata, y esto sería más que suficiente.

Es tan espontáneo ese sentimiento que hay quienes lo demuestran a los gatos y perros que otros odian... A las muchachas les es simpático un color o perfume y evitan hacer uso de otros... Yo, a Dios gracias, le tengo simpatía a toda la humanidad, por haber luchado con esfuerzo en ese campo. Y me sobra también para las cosas materiales, como ciertos platos que me recuerdan la casa paterna, busco siempre con cariño la espumosa taza de chocolate porque la encuentro amable.

Recuerdo que alguna vez, en Bogotá, me excusé de asistir a un elegantísimo coctel, por ir a saborear un delicioso

«chocolate santaferño» en una casa colonial. Y creo haber hecho un buen negocio, pues hay mucha diferencia en sentarse a charlar frente a una mesa con mogollas y almojábanas, o esperar de pie, entre el público, el paso de los distribuidores de las copas, los canapés de anchoas y otras mil fantasías importadas.

AL AIRE LIBRE

En la larga jornada de la vida hay una etapa difícil de sortear para quienes tenemos un espíritu inquieto y alegre, que se resiste a marchar de acuerdo con las fechas del almanaque.

Aquella en la que la gente amiga nos complace y nos hace sonreír al decirnos: «Estás mucho mejor que la última vez que te vi». Mientras, por otro lado, los cariñosos familiares se nos van convirtiendo en un estorbo verdadero. Según ellos, todo lo que hacemos nos fatiga o perjudica. Nos amonestan como a niños chiquitos cuando vamos a salir de paseo, y no cesan de pronosticarnos peligros.

Pero esta triste etapa hay que afrontarla con un poco de rebeldía. Y por eso, uno de estos días, resolví abandonar el lecho antes de amanecer para agregarme a la animada excursión de hijos y de nietos que emprendería un viaje de nueve horas por la atrevida carretera que sube y baja entre montañas antioqueñas, hasta llegar a la laguna de Ayapel, adorno de la región de Córdoba. Deseché el temor al atraco, a las llantas estalladas y a la probable sacada del vehículo, a fuerza de cadenas, del paso pantanoso; cosas que dizque deben evitar las personas precavidas y juiciosas, quedándose tranquilas en su casa.

Y después de una agradable trayectoria, con frío y oscuridad en el principio, y luego sol brillante; con parada de

descanso en el camino para saborear el desayuno típico, y sin sufrir ninguno de los predichos incidentes, he llegado feliz a Santa Cruz, la cabaña campestre situada a orillas de la hermosa laguna. Una especie de club, donde cada una de mis ramas familiares posee sus dominios, dispone de su bote y guarda con amor sus privados equipos de pesca y cacería.

En medio de una unión encantadora, hay en este lugar de recreo un recíproco respeto a lo ajeno. Y en esa disciplina quizá pueda haber tenido mucha parte el reglamento maternal que, al adquirir en común la propiedad, hace ya mucho tiempo, les impuse —en estilo poético para hacerlo menos serio— y que aún se conserva, como norma de paz, sobre el muro del corredor. Dice entre otras cosas:

Esta es la casa de todos
y la casa de ninguno.
Levántate cuando quieras
y ordena tu desayuno.
Cuando salgas a pescar,
hazlo en tu propio motor;
si otro dañás, su valor
al dueño habrás de pagar.
No uses las varas ajenas,
pues sabes que el deportista
con los arreos de su *hobby*
es un solemne egoísta.
Despréndete de unos pesos
si quieres pasar contento,
disponiendo de lo propio
en honor al reglamento.
Tal reglamento no tomes
a falta de cortesía,

es medida conducente
a que reine la armonía.
De la unión de la familia,
ni de su amor, dudarás,
más de ella ha sido principio
el respeto a los demás.

* * *

Procura que en tu paseo
haya siempre animación,
pero en asunto de «tragos»
ten prudencia y discreción.

Por la laguna, rodeada de bellas residencias, paraíso de grandes y de chicos, se ven cruzar a todas horas lanchas y canoas. Es que van unos hacia el caño lejano, soñando con la «pesca milagrosa».

Otros quieren disfrutar al aire fresco y embelesarse en la naturaleza... Los muchachos «esquían» y las señoras desean hacer compras en el pueblecito pintoresco que deja ver las cúpulas del templo en una de las orillas.

De Santa Cruz acaban de partir cuatro botes repletos de bulliciosos pasajeros en traje de carácter⁷. Es decir, con más de medio cuerpo al aire, y portando varas con carretel, nasas, carnadas y termos con bebidas refrescantes. Yo me he quedado sola. No humillada, como la gallina que se esponja furiosa a la orilla del estanque cuando se entera de que al calor de su plumaje no salieron del huevo los polluelos

.....

⁷ Ropa formal o uniforme.

esperados, sino unos ingratos paticos que la abandonan para irse a nadar.

He preferido gozarme algunas horas en el reposo espiritual: dueña de un libro, unas cuartillas de papel y una pluma que me dejarán, sin duda, el tiempo suficiente para admirar, por entre los frondosos laureles que rodean la casa, el paisaje de colores vivos, y las garzas y patos silvestres que revolotean sobre las aguas, salpicadas en esta época con los verdes parches que forman las plantas acuáticas.

MÁS OFICIO PARA LAS MADRES

Como no soy profesora graduada, nunca me he metido a analizar serios problemas de educación. A duras penas, mi larga experiencia personal en el árido terreno de las relaciones humanas me movió a escribir un sencillo manual de *Don de gentes*, por creerlo útil para preparar un poco a la disimulada juventud de hoy en el difícil arte de sortear con éxito el encuentro con el prójimo, que cada día tiene más flaquezas.

Pero como sí soy lectora, estoy enterada de la opinión de los científicos sobre la necesidad de instruir a los menores sobre asuntos sexuales. Y aunque no he reaccionado con aspavientos de retrógrada o beata, sí he pensado en las enredadas que las madres tímidas, ignorantes y bisoñas se darán cuando se les llegue el momento de oír las inoportunas preguntas infantiles, si no se han prevenido con anticipación, consultando y aprendiendo respuestas.

Nosotras —las bisabuelas de hoy— no tuvimos dificultades de ese estilo. No sabemos con seguridad si los muchachitos de aquellos tiempos se conformaron con el bello cuento de los bebés traídos desde el cielo por la Virgen. O si su prudencia se debió a las temporadas en las haciendas de la familia, donde el caballo, el toro, la yegua y la vaca se encargaban de enseñarles la lección, que complementaban las conversaciones entre el mayordomo y el papá.

En todo caso, la naturalidad con que los chicos de antes trataban el tema de la procreación era muy simpática. Ahora es raro el caso de alguna respuesta infantil como la que me tocó escuchar hace poco a un encantador pariente de siete años de edad, quien al llegar a la casa de su bisabuela, dijo: «Mi mamá también iba a venir... pero le llegó de visita Lucía, esa amiga de ella que está pa criar».

LO QUE CUESTAN LOS HONORES

Hace apenas algunos meses que todas las madres del mundo acompañaban, a control remoto, a su majestad Isabel de Inglaterra en sus espectaculares vísperas maternas.

No se sabía qué era peor entonces, si las fotografías de la prensa, que nos mostraban aquella multitud agolpada a las puertas del palacio real, en espera de un hecho pronosticado para el momento por alguna persona poco versada en aritmética matrimonial, o las críticas de los diarios ingleses al príncipe consorte, por haber aceptado compromisos que lo obligaban a abandonar a la soberana en tan excepcionales circunstancias.

Y ya ahora nos ponen al corriente de que Margarita Rosa, la simpática princesa, está sintiendo también «pasos de animal grande», agregándonos la nueva de que su esposo, el fotógrafo, dizque no quiere trabajar. Si tomáramos tales noticias como punto de meditación, sobre los sacrificios que imponen las grandezas humanas, sacaríamos la conclusión de que una corona real puede muy bien cederse por tener la libertad de dar a luz un hijo en privado y poder ocultar al público las fallas de un marido.

Sin embargo, en general va desapareciendo cada día aquel misterioso recato que rodeaba anteriormente a la maternidad, la que campea hoy triunfante por calles y salones, lo que

no deja de ser beneficioso no solo para las futuras madres, sino también para sus esposos. Porque los de los tiempos pasados tenían que cumplir la aburrida obligación de dar lentos paseos nocturnos, cuando ya la ciudad se encontraba solitaria, llevando pendiente del brazo a la pesada compañera, que siguiendo las reglas de la higiene quería hacer un poco de ejercicio.

El bebé fue para los chiquillos de la casa un regalo del cielo que venía en brazos de la Virgen. Más tarde, el modernismo confió a la cigüeña la sagrada misión. Y últimamente se usa que los niños vayan llegando solitos y algunos de ellos sin pagar siquiera los derechos de aduana.

Yo, que como aficionada al costumbrismo vivo analizando el contraste de las épocas, no puedo menos que pensar que con las madres antiguas tienen los hijos una deuda de gratitud mucho mayor, pues no solo supimos cumplir fielmente el precepto doloroso al traerlos al mundo, sino que expusimos por ellos nuestra vida, ya que, llegado el momento culminante, se llamaba a un médico para atender a domicilio un caso completamente desconocido, pues no existía entonces la prudente vigilancia prenatal.

Y las enfermeras, llamadas entonces «asistentas», eran unas mujeres de edad más que madura, honradas y afables, pero ignorantes en achaques de profilaxia.

Las madres de hoy disfrutan de muchísimas ventajas. Ya no tienen que ocultarse para bordar las diminutas camisetas y tejer los sacos y esarpines considerados antes como cuerpo del delito. Ni trasladar los muchachitos mayores a casas de abuelas y tías mientras pasaba el doloroso acontecimiento, que podía perjudicar su inocencia.

Ya los propios hermanitos esperan regocijados la llegada del nuevo familiar y dan su concepto sobre el sexo de su preferencia.

Los más sencillos detalles de la vida toman caracteres de espectáculo público cuando la protagonista tiene en la sangre el incómodo «erre hache» real.

Ojalá que la princesa británica, tan poco amiga del protocolo, tenga la buena idea de no dar datos sobre su vida privada y espere tranquilamente, con el desocupado fotógrafo a su lado, el «desenlace feliz de su novela de amor...».

MARÍA OSPINA, MI TÍA

Opinan por ahí que no es bien visto elogiar a un miembro de la familia. Pero siempre he creído que la justicia —como la caridad— debe «entrar por casa», y voy a darme el gusto de hablar bien de una de mis tías.

Advirtiéndolo, desde luego, que a ello no me mueve el parentesco, sino el hecho de tratarse de una mujer excepcional, que dejó en quienes la conocieron sentimientos de admiración y simpatía.

Cuando a las matronas de su época a duras penas les alcanzaba el tiempo para ser esposas y madres entregadas a las faenas hogareñas, a María Ospina de Navarro le sobraba parte del suyo para ir a visitar (a caballo, por los malos caminos y casi siempre sola) las distantes haciendas cafeteras y para tramitar importantes negocios. Reemplazando en tales actividades a su esposo, el ilustre abogado Rafael Navarro Euse, quien hallaba mucho más atrayentes las de su bufete profesional.

Sin alarde de valor, y al parecer sin darse cuenta de que hacía algo extraño al medio, siguió el ejemplo de su madre, doña Enriqueta Vásquez, desafiando con entereza superior los momentos difíciles. Sin renunciar a sus deberes de mujer, ya que fue capaz de educar a más de diez hijos ejemplares. Pero no quiero hablar de sus virtudes. Solo voy a recordar, en

sencillas anécdotas, su original y simpática manera de mirar las cosas de la vida.

María detestaba la costura. La inquietud de su espíritu no le permitía sentarse a hacer primores, como tantas, con una hebra de hilo o de seda. Sin embargo, llevaba siempre a las visitas de confianza un encaje o franja de *crochet*, con su aguja de lengüeta, y tejía resignadamente.

—¿Para qué estás haciendo esa cantidad de encaje? —le dijo alguien un día—. Veo que el rollo crece y crece y no lo empleas en nada.

—Es que esta costurita —contestó— me durará toda la vida. Ya la aprendí de memoria, no tengo que estar contando puntos y, sobre todo, no la necesito sino para dar buen ejemplo.

Todos los problemas familiares los resolvía humorísticamente. Alguna vez uno de los hijos menores se resistió a asistir a la escuela y, como no podía llevarlo en ese momento, ordenó al paje que acomodara al muchacho en un costal, se lo echara al hombro y fuera a entregárselo a la «señorita».

En su juventud fue ajena al amor. Pero resultó el enamorado, que pudo llegar a ser su esposo porque tuvo el valor de proponerle matrimonio a «quemarropa»... Según nos contaba ella, antes de entrar en materia resolvió curarse en salud, diciéndole que no podía aceptar porque se sentía incapaz de obedecer las órdenes superiores. Que precisamente por ese motivo no se había hecho religiosa.

El pretendiente, en su entusiasmo, le ofreció libertad completa; y ella convino en casarse, pero le hizo cumplir la promesa de por vida. Afortunadamente, tan amplio y arriesgado negocio espiritual no afectó la felicidad del hogar.

No dejaba de preocuparse aquel buen marido al verla emprender sola largos viajes. Y alguna vez consiguió que

aceptara la compañía de uno de los muchachos para ir hasta Fredonia. Pero no tardó en regresar el hijo, portando una esquila que decía: «Rafael: tengo que devolver al escudero porque la yegüita resistidora en que viene está complicando el viaje. No te preocupes. Sigo bien acompañada, con unos arrieros que ya eran amigos míos».

Las superficiales reglas de etiqueta la tenían sin cuidado y, como la moda tampoco le importaba, vivía muy cómodamente. Cuentan que el día de su boda el novio se tardó para hacerse presente en el templo, y los concurrentes se sentían sorprendidos e inquietos. Pero a María solo se le ocurrió decirle a uno de los padrinos, don Eduardo Vásquez Jaramillo, quien estaba a su lado:

—Tío Eduardo: por qué no van a averiguar si se arrepintió Rafael, para ver si me quito estos guantes.

Católica convencida, practicaba la caridad en obras y no en palabras. Y algunas veces daba lecciones inolvidables. En alguna ocasión le decía yo que me daba envidia verdadera cuando veía el fervor de algunas personas al recibir la santa comunión, cosa que a mí no me ocurría. Y su respuesta fue: «Eso del fervor es lo de menos, hay que dejárselo a las almas privilegiadas. La cuestión es seguir la disciplina con buena voluntad. Yo, por ejemplo, llevo más de cuarenta años comulgando sin ganas y creo cumplir bien».

Dejemos ya estas reminiscencias. Pero aprendamos a aliñar con un poco de sal y pimienta los desabridos platos que a veces nos ofrece la vida. Como lo hizo siempre María Ospina, la abanderada del feminismo de buena ley.

MI POLÍTICA

Como muchas veces me había negado a estampar mi firma en manifiestos femeninos de carácter político —por muy justos y razonables que ellos fuesen—, en estos días me han preguntado algunas amigas quisquillosas por qué, sin ser política, he corrido a inscribirme en la adhesión a la candidatura presidencial del doctor Carlos Lleras Restrepo. Y aunque sé que mis ideas deben tener poquísima importancia para los lectores, voy a hablar brevemente del asunto.

Siempre le he sacado el cuerpo a la política, tanto en lo que escribo para el público, como en lo que charlo en las visitas y reuniones sociales que, por cierto, no es poco. Sin que por ello deje de reconocer que es útil y quizá necesaria para el debido control que los países requieren. Y que cuando es analizada por la prensa, que se goza en desnudar espiritualmente a los jefes o caudillos de cada partido, tal vez sirva de guía para orientar a quienes están por resolver si se internarán por la trocha insegura o tornarán por el camino bien trazado.

Lo que sucede es que la política no me ha sido simpática jamás. La considero un arma peligrosa, que cuando es manejada por manos poco diestras puede llegar a cometer verdaderos desastres. Y, además, como persona pacífica que soy, y amiga de la tranquilidad, me duele ver que ella sea capaz

de relajar o de destruir viejas amistades, y hasta de sembrar en las almas el odio, la envidia y las ambiciones desmedidas. Pero me alegro de que la mujer esté ya autorizada a tomar parte en la faena política, porque estoy segura de que su actuación será un atenuante en los conflictos, y su trabajo, honrado y responsable. Lo que sí me extraña es que se nos tache de poco patriotas a las que no militamos activamente en ella. Sin pensar que tal vez nos privemos de hacerlo por considerarnos poco preparadas para ocupar las altas posiciones a que con todo derecho aspira nuestro grupo, o porque sus obligadas maquinaciones no se ajustan a nuestra manera de ser.

Yo, por ejemplo, guardo las ideas políticas que heredé de mis mayores en un cofre bien cerrado, con tanto cariño y respeto como se guardan las joyas familiares. Pero no me agrada sacarlas a relucir a todas horas, sino en ocasiones especiales. Por eso ahora, cuando me estoy alistando para asistir a una fiesta elegante, donde liberales y conservadores, en amistoso compañerismo, rodearán al candidato ilustre para asegurarse un feliz viaje hacia el palacio de San Carlos, he resuelto chantarme mi antiguo broche de zafiros. Y lo llevaré con orgullo patriótico, como —creo— lucirán los suyos, de rojos rubíes, muchas señoras liberales tan apolíticas como yo.

SUPERABUNDANCIA

Las mujeres no habían podido explotar nunca la circunstancia de representar algo más que la mitad de la humanidad. En lugar de ventajosa, su posición era humillante desde el momento de su entrada al mundo. El padre suspiraba desengañado al recibir la noticia de que en vez del varoncito, ambicionado como futuro compañero y palanca de su trabajo, acababa de aparecer en el hogar una niña, es decir, un problema. Mirada la mujer como un adorno inútil, y costoso por añadidura, traía para él, además, la preocupación por su dudoso porvenir.

En todas partes sobraban mujeres. Y como no se contaba antes con el trabajo fuera de casa, ni con los estudios profesionales, eran muchas las que tenían que pasar la vida en el hogar, desempeñando el pesado oficio de «vicemadres», si no decidían entrarse al convento; porque maridos no alcanzaban para todas.

Pero ya esa mayoría como que empieza a tomar importancia. La concesión de los derechos políticos ha convertido a las mujeres en una amenaza «votante». Y los hombres que aspiren a las altas posiciones, lo primero que deben hacer es granjearse su simpatía si quieren triunfar.

Lo malo es que ellos lo que hacen ahora es «sacarles rabia» con la empecinada resistencia a cederles siquiera un

puestico cómodo a su lado. Como que no los halaga tenerlas «bien cerquita», sino cuando van, sin testigos y en automóvil, por las lejanas carreteras.

Hasta la Iglesia se ha dignado a hacer a las mujeres el grande honor de invitarlas a ocupar un puesto, como auditoras en el Concilio Ecuménico, lo que es un triunfo inesperado. No importa que tengan que morderse la lengua para soportar largas horas sin hablar.

Y digo que es un triunfo inesperado, aunque para algunas señoras la cortesía del papa y sus compañeros es muy razonable. Una inteligente amiga mía, con quien tuve ocasión de hablar sobre el asunto, me decía:

—¿De manera que tú consideras que las mujeres están capacitadas para ocupar sillones en los cuerpos colegiados casi en paridad con el sexo masculino?

—Naturalmente. Hay muchísimas que pueden reemplazar, con ventaja, a esos parlamentaritos que llegan allí a fuerza de intrigas y autopropaganda. Y que hacen el papel de mudos, porque no saben siquiera de qué se está tratando en las sesiones. No les importa nada, fuera de las dietas.

—No seas optimista...

—¿Por qué optimista? Si las mujeres somos activas y sabemos dirigir por instinto. A la Virgen María la eligió Dios para presidenta del Cenáculo, el cuerpo colegiado de mayor categoría que ha habido en el mundo. Ella fue la encargada de ordenar la misión de los apóstoles, y lo hizo tan bien que todavía le están obedeciendo los sucesores.

—¿Y no les hará falta a ustedes la llamita del Espíritu Santo?

—Sí, pero contamos con ella, porque se la pedimos diariamente.

A las que estamos mirando los toros desde la barrera, nos encanta observar el entusiasmo y el valor con que está

empezando a actuar la cuadrilla. Ojalá nos toque ver a muchas toreando, dándole la vuelta al ruedo en medio de aplausos, y portando con orgullo la oreja y el rabo.

LA MUJER EN CUARESMA

Ya las frentes marcadas con la cruz de ceniza nos hicieron recordar esta semana que polvo somos, y en polvo nos convertiremos. Pero esa sentencia, que antes recibíamos con temor y tristeza, es ahora menos cruel, pues la vida va perdiendo sus encantos cada día, y parece que las gentes se sienten ya cansadas de sufrir calamidades.

Las señoras no tendremos que cumplir la penitencia cuaresmal privándonos de saborear postres, fumar cigarrillo y barajar las cartas; porque es más que suficiente someternos al tratamiento con resignación y paciencia.

Sin embargo, se me ocurre ahora un pequeño sacrificio que podríamos ofrecer a Dios este año. Y sería apenas el de abandonar temprano el lecho en el día de elecciones que ya se acerca, y ataviada cada una con traje rojo o azul —pero de buena tela— ir hacia las urnas. Para dejar en sus hendiduras un voto de adhesión a quienes están capacitados intelectual y moralmente para traer de nuevo a nuestra patria la pacífica unión, que es el estimulante de la sonrisa y el apretón de manos. ¿No les parece, señoras, que deberíamos hacerlo todas, aun las apolíticas? Si no cumplimos tal deber, quizá sean muchos los «convertidos en polvo» antes de tiempo. Ya nos están interrumpiendo el sueño las bombas y petardos de sonido revolucionario.

LA CONSIGNA SE OLVIDÓ

Hoy no se atrevería ningún varón a repetir lo que en sonoras rimas notificó al sexo femenino el poeta de antaño: «Acuérdate mujer, que hemos venido —a este valle de lágrimas que abate— tú, como la paloma, para el nido, y yo, como el león, para el combate». Porque la evolución natural ha libertado, por fin, a las humildes esclavas del hogar y les ha otorgado pasaporte para transitar por el mundo exterior, en calidad de verdaderas ciudadanas.

Y para comprobarlo plenamente bastaría haber presenciado el espectáculo de las innumerables bandadas de palomas humanas que revoloteaban por el ambiente de la patria el domingo de elecciones. Madrugadoras palomas mensajeras, que salvaron distancias para ir hasta las urnas, llevando bajo el ala una demanda de paz y de unión. En tanto que muchos leones indolentes no se sintieron obligados a poner al servicio del país la fortaleza de sus garras.

Si entre los datos electorales que se transmiten al público después de la jornada entrara también el número de votantes pertenecientes a cada sexo, hoy estaría el femenino proclamando orgulloso su superación en el cumplimiento del patriótico deber.

La prensa sí destacó la decorativa presencia de las bellas chicas de la minifalda, que por calles y plazas ofrecían

alegremente las papeletas electorales de los santos de su devoción. Pero olvidó que a ese paisaje de vivos colores dieron la indispensable pincelada de sombra los hábitos oscuros de las religiosas y los severos trajes de las ancianas.

Lo cierto del caso es que la mujer ha sabido mostrar su empuje en las obras sociales. Y si las palomitas colombianas hubieran seguido la poética consigna de calentar de por vida las pajas del nido, serían hoy mayores los conflictos económicos de la familia. Pues hay que reconocer que el fruto del trabajo femenino —aunque mal valorado— llega al hogar sin haber sufrido el descuento que el licor y otros vicios suelen imponer al de los hombres.

Quizá muchos de mis ocasionales lectores exclamen, con sonrisa burlona: «¡Qué señora tan cándida! Ha pasado por alto el revuelo de aquellas “palomitas” que nosotros conocemos... cuyas alas están pidiendo a gritos la intervención de las tijeras».

LOS DERECHOS

Muchísimo se ha hablado en los últimos tiempos sobre los derechos femeninos. Y el tema, como todos los nuevos, se ha debatido en muy diversas formas.

Algunas personas opinan que las pobres mujeres no llegarán jamás, por más que luchen, a gozar de las prerrogativas —congénitas— con que el sexo contrario llegó al mundo y se instaló en él cómodamente. En tanto que otras se muestran temerosas de que el anhelo de libertad e independencia, que se está apoderando de las demás, pueda impulsarlas a dar un arriesgado paso que llegue a falsear los cimientos del hogar.

Las que hemos pasado ya una larga vida bajo el régimen llamado de opresión, sin que las cadenas hayan dejado en nuestra carne ninguna cicatriz, no seríamos juezas autorizadas para fallar en el asunto. Sin que dejemos de reconocer que para las señoras casadas es dura la eterna posición de hijas de familia, obligadas —para no contrariar a san Pablo— a enterar al esposo de sus idas y venidas. Y que es triste que hasta una pequeña demora en regresar al hogar tenga que ser justificada —por algunas— como reventada de llanta u otras mentirillas por el estilo. Lo que hace que muchas envidien a las norteamericanas, quienes al salir de casa solo tienen que dejar a su marido notitas como esta: «William, el perro ya comió».

La cuestión de la separación de bienes está ya definida y aceptada. Lo que ocurre es que no todas quieren ponerla en práctica, porque la ley las encontró con el capital ya invertido en negocios comunes, y al hacerlo dejarían al consocio en peligrosa situación económica, lo que se llamaría falta de confianza y de compañerismo.

Pero, a juzgar por lo que se oye por ahí, sí hay infinidad de mujeres que suspiran, con toda razón, por el justo reconocimiento de lo que consideran sus derechos. Y no les interesan tanto aquellos que puedan colocarlas en condiciones de trabajo y honorarios iguales a los de los hombres, sino los que las capaciten para defenderse de la explotación y la crueldad de algunos maridos.

Por consiguiente, el derecho por el cual debieran trabajar con mayor ahínco sería aquel que les permitiera elegir en toda la línea; es decir, no solamente candidato político, sino marido, porque el sentido de dignidad que se les ha inculcado siempre les ha prohibido comprender, aun a medias, su diferencia con el hombre que les ha inspirado amor. Y tienen que someterse a escogerlos entre el surtido que la suerte les depare, a veces tan escaso como malo.

Y como la elección es vitalicia, nada se ganan después con llegar a convencerse de que el candidato aquel no merecía su voto, ni siquiera para suplente.

LO MALO NO ES EL USO

Hay una queja unánime en el mundo femenino, motivada por el uso exagerado que nuestros hombres hacen del licor en las fiestas sociales.

Ya las casadas jóvenes tienen sus condiciones especiales para aceptar una invitación a comer u otra cualquiera. «Yo sí iría a la comida», dice alguna a su marido, «pero con la condición de que no te emborraches como siempre y de que salgas cuando yo lo ordene; estoy cansada de pasar vergüenzas...». Y la esposa del anfitrión advierte también, por su lado, que hará la invitación si él se compromete a pasar a la mesa a la hora convenida, pero no sigue sometiéndose a que todo se eche a perder por su empeño en darle tiempo a la «rasca» de los invitados.

Pero ocurre que llegada la hora de comer, los asistentes —portando triunfantes sus vasos de whisky— declaran que todavía es muy temprano. Y el jefe de casa, olvidando su promesa, los apoya, diciendo a su mujer: «¿Eh, hija, ya te vas a “tirar” la fiestecita? No charlés...».

Entre tanto, la sopa se desmejora, el pescado y las aves se resecan en el horno y las criadas, soñolientas, sentadas en la cocina en traje de carácter, reniegan de sus patrones desconsiderados, que pueden reemplazar el sueño en la mañana mientras ellas tienen que madrugar a recibir la leche y a

servir el desayuno a los niños. Ya avanzada la noche, el personal femenino empieza a quejarse de hambre y de dolor de cabeza y hace que por fin la señora de la casa se imponga. Y aquellos señores, llevados casi a empujones hasta la rica mesa, no aprecian los buenos platos ni el adorno floral. Muchos de ellos se niegan a aceptar lo que les sirven las esposas, que han querido imponer un forzado intermedio a su alegría.

Y no es que la comida logre poner punto final a la parranda. Siguen las copas, las canciones y los chistes de doble sentido. Y al fin las señoras, cansadas de escuchar la insulsa charla de aquellos amigos que repiten las mismas frases, atormentándolas además con el repugnante tufo y la excesiva proximidad, se ponen de acuerdo para iniciar la partida.

Aquella que impuso a su marido la condición de obedecer la orden de retirada es la primera en levantarse. Y tomándolo fuertemente por el brazo le dice, ya ofuscada: «No aguantó más. Nos vamos. Oye, nos vamos ya. Nos vamos...». Y el tranquilazo, haciéndole repulsa, le contesta burlón: «Sí, mijsita... Nos vamos... amañando...». Y se sirve otro whisky, mientras los compañeros le celebran el chiste a carcajadas.

La tarea de la despedida requiere varias horas. Y ya al amanecer —unas enfurecidas y otras tristes— salen las invitadas camino al hogar, manejando el volante de su carro, porque el chofer natural duerme a su lado profundamente. Lo que quiere decir que van solas, afrontando peligros. Y les queda aún el trabajo de bajarse a abrir el garaje, preparar el Alka-Seltzer y hasta ayudar a desvestir a su compañero de fiesta.

Pero lo más grave del asunto es que los que se atreven a hacer semejantes fechorías no son hombres alcoholizados ni mucho menos. Son precisamente los maridos de las señoras mejor casadas.

RUTAS FEMENINAS

A veces he pensado con tristeza que los derechos ciudadanos, ambicionados durante tanto tiempo por la mujer colombiana, considerados siempre razonables y por fin llegados a sus manos, no han correspondido a sus justos anhelos de ascender y tal vez hayan podido ser para ella un motivo de desengaño.

No solo las mujeres nuevas, sino gran parte de las ya maduras se resisten a continuar desempeñando el oficio de adornos del hogar, y quieren intervenir en los destinos de la patria y poner en servicio sus capacidades intelectuales.

Pero, por lo que hasta ahora se ha visto, parece que la transición va marchando con una lentitud desconsoladora. Y el obstáculo principal se encuentra, indudablemente, en la frialdad con que los hombres han mirado su nuevo programa. Tal indiferencia quizá se deba únicamente al sentimiento de tener que perder la sumisa y amable compañera de la que antes disfrutaron.

Los maridos, especialmente, no podrían conformarse de un día para el otro con dejar de oír las tímidas pisadas de la esposa, quien llega al hogar pidiendo excusas por haber tenido un corto retraso, para someterse al autorizado taconeo de la que hasta altas horas de la noche ha tenido que estar fuera, cumpliendo obligaciones oficiales. Y ni hay que culparlos. Es que los hemos tenido tan mal acostumbrados.

La nueva ruta femenina no es que tenga mayores halagos. Sobre todo, la fatal política ha sido siempre fuente de disgustos y decepciones. Y la mujer que en ella ingresa tiene que renunciar, como primera medida, a ese grato ambiente de respeto en que le ha tocado vivir. Igualada ya a sus contrincantes y enfrentada a ellos en los cuerpos colegiados y otros campos de la vida pública, debe alistarse valerosamente para el *match*⁸ de las ideas, que también hiere y derriba.

Hay altas posiciones que se le escatiman por su sexo, y algunas de las que sí se le ofrecen resultan para ella inaceptables. Ahora, por ejemplo, se habla de puestos diplomáticos. Y no quiero decir que las mujeres sean incapaces de desempeñarlos. Muchas dominan idiomas extranjeros, viven enteradas de los asuntos mundiales, son inteligentes y versadas en reglas de etiqueta y, por añadidura, tienen la vocación muy femenina de servir al prójimo.

Pero ¿cómo podrían solucionar los problemas familiares que les acarrearía una larga permanencia en el exterior? Qué pocos maridos se prestarían a abandonar sus negocios o su vida tranquila para dedicarse a ejercer el oficio de «consorte».

Y qué pocos padres se someterían a separarse de una parte de su familia —posiblemente en incapacidad de trasladarse— por servir de compañía a la hija diplomática y evitarle una excesiva libertad. Por lo visto, las candidatas tendrían que ser viudas, separadas del marido o solteras fuera de peligro.

Esta razón tendría una de mis nietas, a quien en estos días hablaba yo de su futuro.

.....

⁸ Enfrentamiento.

—¿No has pensado —le dije— cuál será la carrera que vas a seguir cuando termines el bachillerato, y qué es lo que más te gustaría ser en la vida?

Y la muchacha me contestó sonriendo:

—Sí, abuelita, ya lo tengo pensado. Mujer, a secas, que es lo más cómodo de todo.

EL «SEXO DÉBIL»

No sabemos quién fue el chistoso que resolvió distinguir con el calificativo de «sexo débil» a la mitad más uno de la humanidad.

Despectivo mote que tendremos que soportar de por vida, a menos que alguna doctora en derecho tome la iniciativa de entablarles pleito a los varones y cobrarles perjuicios.

Pero, a pesar de la cacareada debilidad, llevamos a cuestas las mujeres una carga abrumadora, al lado de la cual la del hombre resulta peso pluma.

Descartando la maternidad —ya que ninguno dudará de que es preferible la oficina a la clínica— en todas las circunstancias de la vida nos corresponde la parte más ingrata.

Aun las mujeres abnegadas que offician en el hogar como sacerdotisas tienen que responder siempre por las faltas de los monaguillos. ¿Que la aplanchadora falló en las camisas y la cocinera en el plato? Fue por culpa de la señora que recibió el servicio sin informes suficientes. ¿Que el hijo perdió el año escolar? Pues los mimos maternos. ¿Que robaron en la casa? Descuido de la seguridad de las puertas.

Y este fardo que nos toca cargar quizá sea de chécheres, pero una arroba de algodón pesa lo mismo que otra de plomo.

¿Dónde estará localizada la debilidad de la mujer? Ni aun en los brazos. Pues, a pesar de que siempre se ha dicho

que los suyos se hicieron para el arrullo y el abrazo, son muchas las que tienen que agregar a estos bellos oficios el de la escoba y el amasijo.

En las angustias o penas del alma, la mujer es mucho más valerosa que el hombre, debido a que siempre está ella estimulada por su religiosidad. Y lo es igualmente en los dolores físicos. Un varón con unos grados de fiebre, motivados por cualquier afección catarral, es cosa seria. Se muestra preocupado, habla en lastimero falsete y pone en movimiento la ciencia médica. En tanto que la mujer oculta muchas veces sus achaques por evitar complicaciones familiares.

Puede ser que el sexo masculino —no le digamos fuerte— se muestra superior en algunos aspectos, porque las prerrogativas de que siempre ha gozado hacen más notorias o brillantes sus actuaciones y lo llevan a más altas posiciones. Garantías estas que el nuestro apenas en los últimos tiempos está intentando alcanzar, con muy pocas esperanzas de lograrlo. Es que la carrera está tan mal casada. Los corredores van por la autopista y las corredoras por la trocha.

Además, la competencia es imposible entre dos equipos tan distintos. Porque el hombre y la mujer no tienen similitud alguna en el modo de sentir y de pensar, aunque se entiendan en cuestiones de amor. Lo mejor sería que ambos se resignaran a complementarse y nada más.

No podemos poner en duda aquello de que Dios, cuando quiso dar vida a la mujer primera, se valió para formarla de una costilla masculina. Y de la personalidad de nuestra madre Eva nada conocemos —fuera de su afición a las frutas—, pero sí es cosa rara que en sus herederas haya tenido tan poca influencia la materia prima.

LAS MATRONAS

¿Que la matrona tradicional ha desaparecido de la órbita social antioqueña? No, ni mucho menos. Ella, la auténtica, existe, ¡vaya sí existe! Aunque no usa mantilla, ni lleva a la cintura el pesado llavero de antaño, ni confecciona a máquina las vestimentas de sus hijos.

Lo que ocurre es que ha evolucionado y nada más. Y es que las costumbres poseen también su sistema de rotación. La mujer nueva ha comprendido que a la alta misión maternal, antes absorbente y tirana, se le puede mezclar, sin adularla, una dosis razonable de goces espirituales. Con el mismo derecho con que los señores químicos, allá en sus plantas de pasteurización, roban tranquilamente a la leche parte de su crema sin que eso desvirtúe el alimento sin par. La leche de hoy es tan leche como las matronas son matronas. Pero tanto la crema sobrante como los ratos innecesarios que se dedican al hogar pueden servir para otras cosas.

Todo tiene su más y su menos. Si la mujer antigua remendaba la ropa con primor, alargando indefinidamente la vida de una camisa, cosa hoy inútil, pues nadie querría usar ropa zurcida, era ella incapaz de impulsar obras cívicas, de instruirse convenientemente y hasta de organizar fiestas benéficas que llegaran a producir miles de pesos. Y si se hacía cruces, al pensar que pudiera asistir a teatros o bailes,

descuidando sus deberes domésticos, quizá dejaba a su esposo demasiado tiempo libre que él no desperdiciaría, ya que no todos los hombres de aquel tiempo habían de ser los de caspiroleta⁹ y pantuflas.

Hoy salen a divertirse marido y mujer como buenos camaradas, lo que contribuye indudablemente al cultivo del amor conyugal. No es que con tal costumbre hayan desaparecido las infidelidades de ciertos maridos incurables, pero son pasajeras. No patentadas y crónicas como las de los tiempos viejos, tiempos en que ellos mismos proclamaban triunfantes aquello de «Mujer casada, pata quebrada». Además, no podría ser la matrona de hoy igual a la de ayer, porque el escenario en que ella ha de moverse no tiene la decoración plácida y sencilla en que les tocó actuar a nuestras madres. Aquella de la sala familiar abierta siempre a visitas no invitadas, con sus sillas mecedoras, sus floreros de jazmines y sus tazas de chocolate. El telón se ha levantado nuevamente dejando ver el salón elegante, menos hospitalario por cierto, donde entran personajes modernos creados por la fuerza de las circunstancias. El derecho a la libertad, adquirido quizá con sobrada justicia por las gentes del servicio, ha sido un factor importante en el cambio operado en el hogar. Las criadas de hoy no resisten visitas perpetuas. Ellas opinan que su señora debe pasar por fuera el mayor tiempo posible y solo invitar a su casa avisándoles con anticipación y no coincidiendo con su día de salida. La mujer, pues, reconocida y aclamada antes como «reina del hogar», ha tenido que dejar caer de sus manos el glorioso cetro por un triste motivo: falta de súbditos.

.....
⁹ Bebida compuesta de leche caliente, huevos, canela, aguardiente, azúcar y algún otro ingrediente.

Entre las actividades femeninas ha tomado cuerpo, no puede negarse, la afición a los juegos de cartas. El costurero de hace un lustro ha sido reemplazado por la mesa de *bridge*, de *king* o de *rummy*. ¿Y qué ha habido con esto? Que el chisme callejero no halla cabida en las reuniones de mujeres, tan temidas por el sexo contrario, y, por lo tanto, han disminuido de manera apreciable los pecados de la lengua.

¿Y qué más? Que con el juego de *rummy* o continental, la mujer antioqueña ha tenido el honor de agregar al diccionario de la lengua una nueva palabra: *tatuco*. ¿Y qué es *tatuco*?, preguntarán muchos lectores. Pues —felices los que aún no la saben— *tatuco* es algo grave, muy grave, que le ocurre con frecuencia al jugador de *rummy*. Y el que quiera saber en qué consiste, puede preguntárselo a su abuela. No digo esto en calidad de insulto... es que hoy juegan también las abuelas.

DÉJENOS TRANQUILAS

El sexo masculino se ha empeñado últimamente en convertir en un serio problema social el juego de cartas entre las señoras. Y aunque el asunto carece de la importancia que ha querido dársele, merece un análisis razonable.

Hay juegos de juegos. Y sería una injusticia atribuir al inofensivo pasatiempo del *bridge*, o de las «canastas», los peligros del azaroso correr de los dados sobre el tapete verde.

No es el juego achaque de la época. Cuánto hace que las viejas novelas europeas nos mostraron la escena de aquellas valiosas partidas al calor de lujosas chimeneas en las noches invernales. Y a nadie se le oculta que los hombres y mujeres de antaño, aquí en nuestra tierra, fueron doctos del ajedrez, el tresillo y el tute.

Lo que sí tenemos que reconocer es que de tal esparcimiento no puede disfrutar lícitamente la totalidad de las señoras. Hay algunas que para hacerlo tendrían que dejar de lado sus deberes de esposas y madres, y la administración completa de su hogar. Y a ellas corresponde el saber dosificarlo, porque ese sedante espiritual, como muchas otras medicinas, usado con exageración, puede convertirse en veneno.

El juego, como cura de reposo para quien ha ocupado ya una buena parte de su tiempo al servicio de la sociedad y de la familia, es un placer no solamente justo, sino útil. Es un

estímulo de la amistad y hasta un antídoto contra la vejez. Las mujeres que se sientan a la mesa de juego en compañía de un grupo de amigas alejan de su mente las preocupaciones y se olvidan del almanaque. Además, no tienen ocasión de chismear y vuelven a su hogar sonrientes y satisfechas porque se han divertido sin pecar. No importa que la suerte les sea esquivada, porque el juego femenino no es más que un ir y venir de billetes de poco valor.

Hasta hace algunos años fui una gran enemiga del juego. No podía conformarme con que hubiera desplazado de las reuniones el placer de la conversación. Pero poco a poco fui convenciéndome de que en lugar de ser la agradable compañera de mis amigas, empezaba a convertirme en el obstáculo de sus programas. Hoy me agrada muchísimo y soy su defensora, especialmente para las que ya cumplimos nuestra misión. Y alguna vez dije a un sacerdote, que lo condenaba:

—Bueno, padre, convengamos que el juego tiene sus inconvenientes... pero ¿qué nos ponemos a hacer las mujeres ya «jubiladas» entre la maternidad y el cáncer? Tenemos que aprovechar el entreacto para salir a descansar.

Sobre el tema del juego hay graciosas anécdotas. Una de las más conocidas es la de la señora aquella que fue a confesarse y se acusó de ser jugadora.

—¿Y pierden mucho tiempo? —preguntó el sacerdote.

—No padre, apenas el necesario para barajar.

Otra aficionada, que viajaba en avión, se vio amenazada por una fuerte tempestad. Creyó llegada su última hora y entre sollozos hacía constantes actos de contrición. Y en medio de su angustia —lo cuenta ella misma—, se le ocurrió ofrecer a Dios, si la salvaba del probable siniestro, no volver a jugar en su vida. Pero instantáneamente se hizo esta reflexión: «Y si acaso me salvo, ¿qué me pongo a hacer?». No

quiso, pues, comprometerse a nada, pero afortunadamente llegó a su casa sana y salva y al día siguiente armó su mesita.

La vida no debe entregarse por entero al trabajo. La expansión es indispensable para conservar a través de los diarios afanes siquiera una sonrisa. Y no es «patente» de santidad, ni mucho menos, el carácter reconcentrado, arisco a la amistad y austero en demasía.

ELLAS COMENTAN

Cuando en una reunión femenina se pone en discusión algún tema que interese al conjunto —que desde luego no habrá de ser el de la pesca, la caza o los negocios—, es cosa que entretiene el escuchar los encontrados comentarios.

Si, por ejemplo, a cualquiera de las asistentes se le ocurre contar que un viudo conocido está por volver a casarse, no alcanzan los oídos para captar tan diversas opiniones: «Antes se había demorado mucho. Ya los hombres no esperan siquiera a que la mujer cierre el ojo para salir a buscar el reemplazo». «Es que no son capaces de vivir sin contar con su boba, que les bregue el guayabo de los tragos y les siga todos los caprichos». «Eso es cierto. Y ni les da pena de que la gente vea lo pronto que se olvidan de esas buenas señoras. Es que son tan ingratos».

El gremio de los viudos queda por el suelo, y la crítica al proyecto del que se habla parece ser definitiva. Pero, de pronto, interviene la indulgente, que no podía faltar, y declara que no encuentra deslealtad ni ingratitud en el viudo del nuevo matrimonio, sino más bien un homenaje a la memoria de la que lo hizo tan feliz que lo dejó con ánimos de meterse en otra hondura. A esta se unen otras defensoras, y el diálogo se va animando por momentos.

«Tienes razón. Si busca las cadenas después de que la voluntad de Dios lo dio de baja, es porque no lo maltrataron mucho».

No faltan las sonrisas burlonas y los cuchicheos ante las juiciosas declaraciones de las últimas. Hay quien comente que una de las que piensan así es por ser también viuda y estarse curando en salud, por si se le presenta la ocasión de otro enlace. Pero, como apoyo a lo dicho, se deja oír, naturalmente, la voz sentimental que analiza con acento tristón la situación de un viudo cuando queda rodeado de muchachitos, ansiosos de cuidados y de mimos que él no puede prodigarles.

«¿Y por qué no ha de poder? ¡No faltaría más!». «Pues porque no es mujer, mi querida. ¿Te parece poquito el motivo?».

Se estudia enseguida, con abundancia de comentarios, el nuevo tipo de madrastra, para sacar en consecuencia que aquellas tan egoístas y crueles, que conocimos en los libros de cuentos, pasaron ya a la historia, llevándose consigo a las suegras entrometidas. Y del balance de la charla resulta que lo mejor que puede hacer un viudo es recasarse.

Yo agrego que lo debe hacer pronto, porque el paso del tiempo lo sitúa en un punto del cual es ya difícil salir. Y esto lo sé porque me lo ha dicho un amigo que perdió a su querida compañera siendo aún joven y, aburrido en su triste soledad, intentó varias veces reemplazarla. Pero, por guardar ante el público un lucido duelo, alejó de sí las tentaciones. Continúa solo y triste, pero ahora lo que dice es que se le hace mucha ociosidad, después de haber estado ya en la «vespertina», volver a la «nocturna» a repetir película.

LAS ESCRITORAS NERVIOSAS

Siempre he creído que cuando a una mujer se le antoje transitar por el camino literario debe hacerlo con el ánimo de satisfacer una afición natural. Y en algunos casos para luchar en favor de sus ideas, ya sean de carácter social, artístico, religioso o político. Pero no con la ambición de llegar a ser contada entre literatos de renombre, porque tal propósito le creará desengaños.

Es cosa ya probada que la brillante erudición y la técnica idiomática —que en el hombre causa admiración y hasta puede llegar a conducirlo al honorífico sillón de la Academia de la Lengua— en el sexo femenino no luce. Las mujeres que han hecho el ensayo a duras penas han logrado que el lector las califique de «bachilleras sabihondas», título poco halagador.

Hace unos días me encontré en una reunión con varias estudiantes de periodismo ya próximas a terminar su carrera. Y se mostraban tan temerosas de salir al ruedo, que resolví consolarlas con unos prácticos consejos inspirados por mi cómoda manera de ser.

—No se dejen poder del miedo a la crítica —les dije—, y escriban tranquilamente, como si estuvieran charlando en una visita como esta. No usen frases rebuscadas ni sentimentalismos postizos... y, para que la tarea se les

haga más fácil y agradable, olvídense de la vanidad. No es lo mismo ataviarse para asistir a un baile que para ir al mercado. Lleven siempre un sencillo traje de calle y verán lo bien que les va.

—Pero en cuestión de gramática, doña Sofía, sí hay que tener cuidado. ¿Usted no ha visto en la prensa cómo algunos escritores les sacan en cara a otros los disparates de sus artículos?

—Eso ocurre entre hombres, nosotras tenemos descuentos especiales. Y, además, ciertas reglas gramaticales a las mujeres nos parecen cursis, por ejemplo aquella de decir *una* cuando hemos de referirnos a nuestra persona. Qué bobada. Lo que soy yo, me olvidé hace mucho tiempo de la maestra que me enseñó eso, y sigo convencida de que «cada uno es cada uno».

—Es que usted es muy tranquila, doña Sofía.

—Yo sí. Y también muy mala profesora de literatura. Es mejor que dejemos el tema...

—Pero contésteme la última pregunta: ¿es cierto que para hablar en primera persona es necesario que el escritor tenga ya cierta importancia o categoría?

—Pues el *yo* dizque es tomado por algunos como síntoma de suficiencia. Pero a otros les parece que el plural tiene un respetable tono episcopal. Yo creo que si el escritor de fama tuvo derecho a bautizar uno de sus libros con el título de *Platero y yo*, también al católico humilde le queda el de decir, dándose golpes de pecho: «Yo, pecador me confieso». Y muchas personas usamos el *yo* porque contamos ya con el permiso del almanaque.

Las periodistas reían al oír mis conceptos. Y la pregunta como que pensaba continuar con su reportaje, cuando la orden de pasar al comedor cortó la charla.

Y qué oportuna estuvo la llamada. Pues yo, que tan fácilmente dicto una clase de cocina, me estaba viendo ya en apuros para dar a mis discípulas ocasionales una buena receta sobre la preparación de la «lengua en salsa académica».

LA LENGUA

Ese dúctil trocito de carne que tan ágilmente se mueve entre la boca desempeña muy trascendentales oficios en la vida del hombre.

Traduce sus ideas y pensamientos y los presenta al público. Unas veces con la bella fraseología que alcanza a deslumbrarlo y otras con la astuta malicia que consigue engañarlo. La lengua convence, enseña, ayuda a gustar lo agradable, canta y ríe.

Pero es capaz también de soltar indiscretamente los secretos, ser cómplice de campañas desleales y hasta destrozará sanas reputaciones.

De lo que se deduce que la lengua es un instrumento peligroso y difícil de manejar. Algunas personas se disculpan de sus palabras imprudentes diciendo que se les fueron cuando menos lo pensaron. Otras, cuando han sido sorprendidas o asustadas, aseguran que casi se la tragan. Y a muchas dizque les baila con frecuencia por decir duras verdades, pero por evitar disgustos se la muerden.

Siendo, pues, la lengua una compañera que no ofrece garantías porque cuando se le antoja hacer quedar mal a su dueño, no hay quien la contenga, quizá disfruten de mayor tranquilidad quienes no han sabido lo que es la locuacidad. Los que en las visitas, juntas o reuniones sociales se contentan con escuchar a los demás en una posición pasiva, que no

se sabe bien si se debe a falta de interés por lo que se comenta o a pereza de mover los labios.

Siempre se ha dicho que de callar nadie ha tenido que arrepentirse. Más no deja de ser simple y apagada la actuación social de aquellas personas que mantienen la lengua guardadita en su estuche rosado. Del cual solo la sacan para mostrársela al médico o para usarla, antihigiénicamente, cuando se ven en el caso de pegar una estampilla o cerrar el sobre de una carta.

LA PRENSA

Llegue donde llegare, el periódico del día es uno de los visitantes más gratos y mejor atendidos. Siempre habrá alguien que lo esté esperando con interés y sobran manos para recibirlo y saludarlo. Pero después de leerlo, casi todos se quejan del mal rato que les ha proporcionado.

El lector se detiene primero en el estudio de los titulares, que en el tamaño de su letra dan a conocer no solamente la proporción de la noticia, sino también la personalidad del director de la empresa periodística. Y apenas ha empezado a enterarse de los hechos, cuando lo interrumpe el consabido letrerito: «(Pasa a la página tal)». Si es persona de buen genio, dobla pacientemente el papel por el número indicado, busca la continuación que le interesa, y a medida que lee lamenta en voz alta lo que está ocurriendo en este mundo. Los comentarios más extensos los reserva para compartirlos con los amigos pesimistas, que mantienen a la mano el tema del secuestro, el robo, la política, la devaluación de la moneda, el tiroteo y otras yerbas.

Hay un sistema práctico para leer la prensa sin tantos sufrimientos. No tener muy en cuenta la orientación política del diario u olvidarse un poco de sus propias ideas en tal sentido. Informarse a la ligera de lo malo, detenerse en el editorial, casi siempre sincero y de prosa castiza. Leer luego,

despacio y con gusto, la página de los artículos literarios. Dar una ojeada a la vida social y, si no es joven, no meterse con los eventos deportivos. Pero, si alcanza el tiempo, buscar la tira cómica *Educando a papá*, para saber en qué vuelta va la complicada vida marital de Pancho y Ramona y cuál de los dos ha sido el aporreado.

Aunque en el campo de las noticias importadas del exterior también se hallan a veces cosas interesantes y misteriosas que no debemos pasar por alto. Como la que en estos últimos días nos ha sorprendido. Dice un diario que en Cahors, Francia, dizque están pensando en «aislar en una cueva a varias mujeres, para realizar un experimento con el objeto de determinar cómo reacciona la mujer sin la presencia del hombre». Eso sí es casi increíble.

A la entrada de la cueva, que ya debe estar lista, pues su fotografía ilustra la noticia, se aprecian chorreras de tipo estalactita que se descuelgan sobre una fuerte puerta con cerrojo, que hace suponer lo tenebroso que debe ser el antro que tras ella se encuentra. Pero esto de lo triste del sitio en que proyectan hacer la «encerrona» femenina es lo de menos. Lo raro es que crean que las francesas puedan reaccionar de manera distinta a las mujeres de otros países cuando las alejan de los hombres.

Y, sobre todo, la información nos ha hecho pensar que, siendo Francia la «mata» de las comunidades religiosas, los científicos interesados en el experimento habrían salido del apuro tomando datos en un convento de monjas. Otro detalle que nos preocupa es el de que se haya elegido una cueva tapada y no un sitio mejor, donde las prisioneras estuvieran igualmente aisladas. Es posible que esto eche a perder el análisis psicológico, pues no van a saber si la reacción que ellas demuestren se deba a la falta de los hombres o al frío de las cuevas.

Las escogidas deben ser «ejemplares» seleccionadas entre las clases menos favorecidas de Francia, muchachas de esas que se dan tres caídas y un resbalón por ir en persecución de los varones. Pues las comunes y corrientes lo pasan mejor sin ellos. En todo caso, la rara noticia publicada en el diario periodístico no se puede quedar sin desenlace. La agencia del exterior que la ha transmitido ha quedado obligada a comunicar a los lectores cuanto ocurra en la cueva de Francia.

PELIGROS DE TERTULIA

Las anécdotas o cuentos, incrustados oportunamente en conversación, son un aliño que la hacen, sin duda, más gustosa y amena. Pero ese buen aliño lleva consigo dos peligros graves. El más común de ellos —como frecuentemente lo observamos— es el de repetir lo que otros ya han contado. Y el segundo, atentar contra el derecho de autor, pues son muchas las veces que la misma anécdota se atribuye a diversas personas.

Apenas las célebres frases de los jefes políticos conservan su legítima propiedad. Ya que nadie ignora cuál es el dueño de la «puñalada marranera», quién gritó: «A la carga», cuál político trabajó por recobrar la seguridad en el país para poder «pescar de noche» y a quién se le ocurrió decir: «Mamola».

Si queremos animar una tertulia no hay más remedio que hacer uso del anecdotario íntimo —que a veces tiene algo humorístico—, aunque tengamos que sacarles a los parientes «los trapitos al sol». Yo toda mi vida he echado mano de ese recurso, y mi marido me sirvió muchas veces de protagonista.

Qué tal que la familia del maestro Tomás Carrasquilla no me hubiera contado un día la contestación que dio el gran escritor a un visitante pretensioso que, dándoselas de ateo, le dijo:

—¿Qué voy a hacer, maestro, si por más evangelios que lea, y sermones que oiga, no puedo creer en Dios?

—No hagás nada, hombre —le contestó Carrasquilla, con su irónica sonrisa—, quedate tranquilo que Él tampoco está creyendo en vos.

COMENTARIOS

Mi buen amigo el escritor Adel López Gómez hizo hace pocos días, en las páginas del suplemento semanal de *El Tiempo*, una justa y simpática alusión a la personalidad de Blanca Isaza, otra escritora que se gana mi admiración, no solo por sus dotes intelectuales, sino por su sensibilidad de mujer cristiana.

Y se le ocurrió a Adel, por referirse a las aficiones culinarias de Blanca, empezar su artículo con estas frases: «Cinco zanahorias se muelen en la máquina, se ponen a freír con aceite y mantequilla en una olla grande; se muelen dos cebollas...». Luego como que se acordó de mí (cosa que le agradezco) y continuó así el párrafo: «No puedo escribir aquí la fórmula completa, porque si lo hiciera, Blanca Isaza me ahorcaría. Para obtener este tesoro de la sabiduría culinaria —la auténtica fórmula italiana para confeccionar el exquisito plato que se llama lasaña—, la escritora tuvo que librar en Medellín una verdadera batalla con su colega Sofía Ospina de Navarro, quien es, también, una cocinera de muchas campanillas. Si aparte de esta nutritiva y sustanciosa concomitancia¹⁰, las dos damas no tuvieran los inte-

.....

¹⁰ Coincidencia.

reses afines de la literatura, es seguro que doña Sofía no se hubiera desprendido nunca de su secreto».

Y, con mucho sentimiento, tengo que decirle a Adel que si empieza por moler cinco zanahorias, el plato italiano no le va a resultar legítimo. Pero, al fin y al cabo, poco perderá su nombre de buen cocinero, ya que sus lectores hemos saboreado otros bocados de mejor calidad, para los cuales ha molido en su «máquina» espiritual pensamientos y paisajes.

Me encanta saber que a Blanca le alcanza el tiempo para entrar a la cocina, porque siempre he creído que allí, sin darnos cuenta, es donde las mujeres fabricamos el magnífico plato de la unión familiar. Una mesa apetitosa, rodeada por comensales alegres que comparten los manjares preparados para ellos por la madre, es centro de la más cordial de las reuniones.

Yo sostengo una amistad sincera desde hace años con Blanca y su marido, a quien debemos el conocimiento íntimo de la errabunda vida de su colega y amigo —el poeta Porfirio Barba Jacob— y la afianzan con su revista *Manizales*. Cada mes llega a mis manos esa muestra espontánea de su cariño; la agradezco y la gusto. La gusto, después de renegar un poco mientras logro abrir los ganchitos de alambre que la sujetan, porque a mí me ofusca o impacienta ese medio de seguridad, sobre todo cuando me interesa leer pronto lo que aprisionan, y cuando tengo las uñas recién esmaltadas. No colaboro en ella porque la considero de estilo poético, aun en su misma prosa, y comprendo que yo no lo poseo. Blanca habla bellamente de sus flores, de sus canarios y de sus afectos familiares. Y yo, en cambio, cuando nombro a mi marido y a mis hijos, es para contar anécdotas en las cuales, más bien que demostrarles amor, les «tomo el pelo» porque ese es mi modo de ser.

Y aunque también tengo canarios, como Blanca, esos pajaritos me inspiran pensamientos muy distintos a los que a ella le sugieren. En el patio principal de mi casa cantaba a todas horas un canario de bello plumaje y buena raza. Cantaba tanto, tanto, que hubo días en que se hizo necesario trasladarlo al interior, porque su algarabía musical se pasaba de punto. Pero, como cuantos lo oían ponderaban sus cambios de tono y su resistencia como flautista, se resolvió en junta de familia buscarle una compañera de su alcurnia para asegurar una descendencia de valía. Y un día de estos, no hace mucho por cierto, llevé a su jaula, que ya estaba dotada de un blando nido, la linda canarita deseada; y todo fue hacer la unión para que el cantor cerrara el pico. Este silencio me ha proporcionado varios ratos de meditación, y primero me detuve a pensar que tal vez las aves enjauladas no cantan de alegría, sino por mitigar la soledad de su prisión. Pero, más tarde cambié de opinión y resolví dialogar con mi marido sobre el tema:

—Cómo será de duro el matrimonio —dije—, que ya no se oye un trino en esta casa.

—Sí, pero ¿no has notado que el que se silenció del todo fue el canario?

—Naturalmente —contesté ofendida— porque las pobres hembras a duras penas han tenido derecho a chillar.

Y estoy segura de que Blanca y Tista, aunque en su bello patio florecido haya existido la jaula con la pareja de canarios en plan de procreación, nunca han pensado así. Ellos saben respetar el silencio del amor.

EL NOVIAZGO Y EL MATRIMONIO

El noviazgo y el matrimonio debieran ser el remate natural de esa sarta de reminiscencias de juventud, que bien habrían terminado con aquellas palabras que nos decían las viejas al final de los cuentos que de niños les oíamos: «Pues sí, mijitos, entonces se casaron, tuvieron muchos hijos y fueron muy felices». Pero no ocurrió así, porque faltaba aún la última cuenta por ensartarle al hilo de los recuerdos.

Años más tarde, algunas de aquellas señoras casadas, que hasta el momento habían considerado el hogar como su único campo de acción, empezaron a experimentar en sí un fenómeno desconocido. A la vez que sentían latir en sus entrañas la vida del hijo por nacer, notaban que en su espíritu se obraba otra gestación, y que ella tenía también el claro síntoma de los «antojos».

Tuvieron el antojo de mirar hacia fuera, solapadamente, como suelen hacerlo los que instalan en la puerta de su casa el mágico ojo de cristal, y de observar la vida de las gentes, con sus virtudes y sus debilidades. Llegaron a pensar que en la sociedad había un lugar que las reclamaba, que las manifestaciones de la inteligencia no tenían por qué ser propiedad masculina, que a sus ocupaciones hogareñas debían mezclarse otras que levantaran un poco su nivel. Y fue entonces cuando, sin olvidarse de sus dominios despensiles,

ni de sus atributos de reinas del hogar, salieron a la luz, con los ojos un tanto encandilados y el paso vacilante, pero alegres y llenas de ilusiones.

Y tuvieron la ambición de aprender, de trabajar, de escribir, de leer más y, sobre todo, de servir a Dios en la persona de su prójimo. Lo que no alcanzaron a pensar las pobrecitas fue que todo aquello, que tenía trazas de emancipación o libertad, era una carga más para sus hombros ya agobiados.

Yo fui una de ellas. Por eso, cuando en 1920 encontré en un órgano periodístico la noticia de que la Sociedad de Mejoras Públicas abría un concurso literario femenino, caí en la tentación de soltar de mis manos el tetero y tomar la pluma para escribir mi primer cuento. Un cuento corto que se llamó «¿Milagro?» y que alcanzó en dicho torneo un segundo premio. Pero que los lectores atribuyeron a mi padre, de quien ya conocían algunos de estilo costumbrista, publicados por la revista *El Montañés*.

La desconfianza era tan natural que no alcanzó a ofenderme. Pero sí me incitó a la reincidencia y tal vez a continuar con el vicio de confiarle al papel mis impresiones, olvidándome de que vivía en una época de prejuicios. Y de que la mujer que escribía para el público y ocupaba la silla del conferenciante, ponía en entredicho su feminidad y perdía simpatías en el sexo contrario. Y de que a los hombres de entonces —según me decía un respetable amigo— les gustaban más las mujeres que escribían *vinagre* con *b* larga y chillaban de miedo a la vista de una cucaracha o un ratón.

Y hoy, esta abuela ya cansada después del largo recorrido, iniciado en las plácidas calles de la Villa y terminado en la trocha fatigosa del nuevo Medellín, ha resuelto sentarse en la mecedora del costurero para recordar los amados

tiempos idos y a contar cosas íntimas, intrascendentes y sencillas que guardan todavía olor a humo de leña y sabor de mortiños¹¹ silvestres.

.....

¹¹ Arándanos.

LAS VISITAS

Entre las costumbres borradas definitivamente del programa de la vida social está la de las visitas espontáneas. Las señoras de antaño no tenían inconveniente alguno en hacer sorpresivos aterrizajes de paracaidistas en las casas amigas, con el fin de pasar en ellas una agradable tarde o, por lo menos, de abandonar la propia, cuando no estaban en plan de ser visitadas. Y tenían la seguridad de que serían recibidas con verdadera satisfacción, y obsequiadas, además, con delicioso chocolate, acompañado de pandeyucas, bizcochuelos y otros ricos productos de la horneada casera.

Hoy, para salir a visitas, se requiere la invitación especial o la triste circunstancia de enfermedad o duelo que obligue la manifestación de amistad.

Y entre los motivos que han causado tal desaparición hay varios que la justifican: las diversas actividades que la vida moderna ha impuesto a la mujer fuera de casa, el cambio de personalidad que en ella se ha operado y hasta la muy lamentable de que el servicio, paseador y «apoltronado» de la época, protestaría de la diaria obligación de preparar y atender, no el sencillo chocolate de otros tiempos, sino el té elegante que las nuevas señoras pretenderían obsequiar a sus visitantes.

Las señoras sociables ofrecen cada cierto tiempo un gran té —para corresponder «en globo» las atenciones recibidas— y

forman su lista sin detenerse a examinar las relaciones que pueda haber entre sus invitadas. Lo que hace que aquellas reuniones, tan lujosas como concurridas, no tengan el encanto de las viejas visitas, donde se disfrutaba tan agradablemente del intercambio de ideas y sentimientos.

A primera vista parece que la supresión de las visitas espontáneas en las costumbres sociales no tiene importancia alguna, fuera de la de dar más independencia y tranquilidad a quienes se quedan en su casa para entregarse al descanso. Pero mirado el asunto por el aspecto sentimental sí la tiene.

Ha sido motivo de que la sociedad se divida en pequeños grupos creados casi siempre por la afinidad de actividades. Y no deja de ser triste el tener que dejar de lado —o que tengan que dejarnos— aquellas viejas amigas a quienes todavía recordamos y queremos, por la simple razón de que pasó ya la moda de buscarnos mutuamente.

¿Por qué no renunciamos algunos días a nuestras juntas y diligencias para recibir a las amigas que deseen visitarnos? ¿Y por qué, en lugar del té estudiado, con platos fríos, postres y ensaladas copetonas... no volvemos a tomar, con su agradable compañía, aquella taza de chocolate o de café, acompañada por los frutos tradicionales de nuestras horneadas caseras? Marcharía así muchísimo mejor no solo la amistad, sino la digestión de las señoras.

LOS VECINOS DE AYER

La costumbre de las tertulias ya pasó, como han pasado tantas cosas amables. Pero los que adquirimos una vez el derecho de vecindad no lo hemos perdido.

Una de las fases más simpáticas que tuvo la amistad en aquellos tiempos idos, que siempre rememoro con nostalgia, fue la unión casi familiar cultivada entre los vecinos.

No eran solamente las señoras —tachadas de comadres y conversonas— las que se unían para compartir las penas y las alegrías. Los maridos de entonces no sacaban el cuerpo a las visitas del vecindario, ni tampoco las hijas prescindían de buscar sus cercanas amigas para hacerles confidencias amorosas y disfrutar en su compañía la distracción vespertina del «ventaneo». Y, sin quedarse atrás, los muchachos también se organizaban en bulliciosas «barras» para apoderarse de la calle, los tejados y los árboles frutales de los solares. Costumbre incomprensible para las gentes de hoy, que si acaso alcanzan a saber el apellido de quienes viven a su lado, nada les interesa de su vida, ni de nada les sirve.

En las tranquilas noches de antaño, cuando al hogar no llegaban ondas de televisión ni de radio, las tertulias entre los vecinos, aficionados a departir amistosamente, eran encantadoras. Y a mí me tocó disfrutarlas con personas importantes, que siempre vivirán en mi recuerdo.

Con frecuencia ocupaba yo una cómoda silla en la sala de confianza de la familia Restrepo Jaramillo, donde don Nicanor, el jefe de la casa, presidía la reunión y la hacía amena, porque, como su ilustre hermano Carlosé —el presidente de feliz recuerdo— sabía dosificar en la charla la ironía y el humor. Y en aquella agradable tertulia en que chicos y grandes tomaban la palabra, me gozaba apreciando la virtud alegre de la madre y la inteligencia de los hijos, que ya empezaban a dar sus primicias.

Más tarde, mi lugar predilecto de expansión, que a la vecindad debí también, fue la casa del notable cirujano y escritor Alfonso Castro. Allí, no ya en salón, sino en un amplio corredor con vista al patio donde florecían los rosales, y con ventanas abiertas a la calle, charlé sabrosamente muchas noches con el caballero arrogante y simpático, que en su reposo de sobremesa se olvidaba del bisturí y de la anestesia para pensar en cosas del espíritu. Complementaba aquellos buenos ratos la presencia de algunos vecinos y la de su encantadora compañera, que pasó por el mundo sonriendo y comprendiendo.

Y, como despedida a esas inolvidables tertulias vecinales, cuando la evolución de las costumbres empezaba ya a desbaratarlas, tuve la fortuna de asistir asiduamente a la que en torno a la silla de inválido del maestro Tomás Carrasquilla formaban cada noche sus familiares. Y otra mujer habría de ocupar en ella el lugar que siempre corresponde al señorío. Era la espiritual doña Isabel, su única hermana, escritora afortunada y lectora incansable, que supo hacerle dulce su célibe ancianidad.

Desde ese sitio de tormento, siempre sonriente y burión a pesar de sus dolencias, aquel mago del costumbrismo antioqueño nos contaba deliciosas anécdotas de su vida, y

nos dejaba oír sus conceptos sobre los escritores de la época. No despreciaba él la naciente labor literaria de la mujer, desde que ella fuese expresada con naturalidad y sencillez. En cambio, el estilo rebuscado de léxico postizo, extraído a la fuerza de las páginas del diccionario, lo hacía reír y nada más. Cuando alguien le pidió su opinión sobre una profesora erudita, que pasaba por muy inteligente, se limitó a decir: «Me parece pedante y cursilona...». Con mis escritos fue siempre indulgente y generoso.

Yo sentía por el maestro y por su arte un gran respeto, pero la feliz coyuntura de la vecindad acabó por convertirnos en amigos. Y en los últimos años de su vida me dio muestras de un cariño sincero, una de las cuales fue hablarme siempre en son de broma.

Recuerdo que cuando pudo verme de nuevo, después de la exitosa operación que devolvió la luz a sus ojos, me dijo riendo:

—La encuentro bastante más gordita, Sofía, pero eso no quiere decir nada, desde que escriba bien; la Pardo Bazán no era flaca. Así es que tiene que esmerarse.

El maestro sufrió aquel largo período de ceguera con un valor moral increíble. Tal vez el prodigio se debió a que sus ojos dejaron de contemplar el mundo para buscar a Dios, y el panorama espiritual le reemplazó con creces el terrenal.

En todos los momentos de su vida, Carrasquilla hizo gala de su sencillez. En 1936 le celebraron los familiares el arribo a los ochenta años con una linda fiesta, y él ordenó que se imprimieran las tarjetas de invitación con esta frase: «Te convidó a una copa de confianza en mi casa, a las nueve de la noche del 25». Yo fui invitada, pero me impedía acompañarlo en aquella ocasión un duelo de familia. Y él, al saberlo, me manifestó su sentimiento por medio de unas pocas palabras que

aún conservo en el archivo de mis recuerdos, no solo por ser el valioso autógrafo de un genio de las letras, sino la manifestación de un afecto que me enorgullece:

«Sofía amiga:

»Esta noche a las 10 le envió su copa

»y quien me represente en esta libación.

»**TOMÁS CARRASQUILLA**».

Y cumplió su promesa. A la hora anunciada, algunos de sus más queridos invitados llegaron a mi casa para ofrecerme, en nombre del maestro, un bellissimo ramo de rosas acompañado de una botella de champaña, que compartí con ellos y con mi marido, emocionada y agradecida. Y qué sabroso me supo aquella noche el licor rubio, donde burbujeaba la amistad de mi ilustre vecino.

La costumbre de las tertulias ya pasó, como han pasado tantas cosas amables, pero los que adquirimos una vez el derecho de vecindad no lo hemos perdido. Por eso, los miembros de aquellas familias en cuyos hogares gusté, en días mejores, el manjar grato del compañerismo espiritual, viven muy cerca a la casa de mis afectos.

NO ESTIREMOS LA VIDA

Esa longevidad alcanzada a la fuerza —soportando la crueldad de un severo régimen alimenticio, los excesos farmacéuticos y las opresiones familiares— no tiene atractivo ninguno. La vida es vida —si la tomamos en el sentido de un goce material— mientras pueda llevarse alegre y libremente. Sin molestar a nadie, con salud y disfrutando plenamente de las facultades mentales, ya sean estas opacas o brillantes.

No se comprende la inquietud constante que manifiestan algunas personas por su propia conservación, capaz de moverlas a echar a perder un sabroso paseo al exterior con la innecesaria tarea del detallado examen médico. Dizque para aprovechar la ocasión de hallarse cerca a grandes científicos, cuando aquí, en Colombia, los tenemos de cosecha. Ese chequeo, cuyo nombre —según mi buen amigo el saleroso «Runcho» Ortega— se deriva del reguero de cheques bancarios que se van dejando de consultorio en consultorio, a veces está de sobra. Y, sobre todo, es mucho mejor pensar, al regreso de un viaje, en lo que viene en las maletas para obsequiar a la familia que en lo que se trae entre el cuerpo para intranquilizarla.

Es preferible que al recibir la noticia de nuestra muerte alguien diga sorprendido: «Pero ¿qué le pasó? Si hace apenas

tres días la vi feliz, jugando a las cartas con un grupo de amigas...», a otro que exclame: «Gracias a Dios... estaba tan reblandecida y caprichosa que ya era hora de que el marido y los hijos descansaran».

RETORNO

Había resuelto definitivamente que el pequeño libro de memorias *La abuela cuenta* fuera la última manifestación que mi pluma, ya gastada, diera al público. Y tal resolución había venido creciendo en mi interior cada vez que tomaba entre las manos los suplementos literarios de la prensa y me encontraba frente a frente con el modernismo desafiante y a veces incomprensible, no únicamente en temas literarios, sino en todos los campos del arte.

Al acabar de leer los versos «cojos» de los mejores poetas, y los cuentos violentos o sexuales en demasía de notables prosistas, pasaba a ver los cuadros elogiados en las exposiciones, con sus muchachos orejones, de cara triangular y nuca de alambre, con sus mujeres de senos inverosímiles y piel como teñida con achiote; con sus flores, distintas en forma y colorido a las que Dios nos deja ver en los jardines. Y me estaba sintiendo tan exótica en el medio como pudiera sentirse un señor de levita y cubilete en una tertulia de nadaístas.

Pero el meditado, tal vez razonable, retiro literario me resultó fatal. Me privé del derecho a opinar y, en cambio, me dediqué a leer todo cuanto los demás opinaban sobre los temas del día. Y, sin hallar el descanso buscado, se me iba indigestando ya la «Vuelta a Colombia en bicicleta», el escándalo de los trajes de baño de media pieza, el control de la

natalidad mal comprendido, los excesivos reinados femeninos, la paila politiquera a todo fuego con la «conserva» a punto de quemarse, las intemperancias amorosas de Agustín Lara y las alcohólicas de Sarah Churchill, etcétera, etcétera.

Y saqué en consecuencia que no hay descanso igual a la afición de garrapatear cuartillas en el inocentón estilo viejo, sin pretensiones de renombre, y confiar al papelito, siempre hospitalario, todas aquellas cosas simples pero sinceras, con la seguridad, por lo menos, de que quien se detenga a leerlas experimentará la sensación de que está apurando una tacita de tisana aromatizada con yerbas de la huerta doméstica y tonificante en todo caso.

Haré, pues, lo posible por regresar pronto al rinconcito de *El Colombiano*, y lo haré gustosamente. Lo único que lamento es tener que volver a contemplar mi imagen como encabezamiento —no diremos como adorno— de mis comentarios o crónicas; sin dejar de comprender, por supuesto, que la publicidad de los retratos es una amable atención de los redactores del diario.

No sé cuál de todos ellos es peor, si el mentiroso y sonriente de la joven —que ya va tan lejos—, el de la vieja peñada de «moñita», estilo mojicón, o el de la señora seria con sombrero pasado de moda. Pero no hay remedio: las contingencias de un archivo periodístico hay que sufrirlas humildemente, por amor de Dios y diversión del público lector. Hasta luego, pues.

*Este libro de la escritora
Sofía Ospina de Navarro
se terminó de imprimir
en noviembre de 2021.*

Bogotá, Colombia